

# **ANTOLOGÍAS HOMENAJE A ANDERSEN**



## **TOMO 10 RECUERDOS L – U**

**MARIÉ ROJAS TAMAYO**

Portada: David Galván Sopena

## Se llamaba Camila



Se llamaba Camila, tenía cabellos oscuros y ojos color del cielo, cursábamos la escuela primaria juntas era hija de un prestigioso médico cirujano cardiovascular. Vivía en una mansión a cuatro cuadas de mi casa; la de ella ocupaba una manzana a la redonda. Yo me sentía allí como Alicia “en el país de las maravillas”; en el predio había un lago artificial con un inolvidable puente de madera curvo. Volvía rápido de la escuela, para luego

reencontrarnos en su casa a jugar: su muñeca preferida también era la mía. Y “Pupi” en esos momentos se convertía en hija de las dos. Nos encantaba atrapar luciérnagas y colocarlas en un frasco transparente, era como atrapar estrellas hasta que dejaban de dar su luz... Trepábamos a los árboles, nos hacíamos coronas de flores y desfilábamos sobre ese inolvidable puente.

Un día faltó a clase y yo no presté atención durante la misma, desde que la maestra la nombró y todos a coro exclamamos: ¡ausente! Llamé a la puerta de su casa pero mi amiga Cami no se asomó y el sol se escondió. Salió una de sus tres mucamas llamada Leonor, y con ojos llorosos me dijo: Camila se enfermó anoche y la tuvieron que trasladar de urgencia a la Capital Federal, debes pedirle mucho al Dios del que tu siempre le hablabas que haga el milagro de curarla... ¿y su papá que es médico no podrá? y no sé por que sus ojos se llenaron de lágrimas, me abrazó muy fuerte y me contestó: su papá no es Dios, solo es un médico, hay cosas imposibles para ellos... Esta vez mi regreso a casa fue triste, solo sé que con mis 10 años el temor a algo que ni yo entendía se apoderó de mí...

Y así pasaron los días y Camila seguía ausente del colegio y de mi vida, yo había perdido la alegría. Un día Leonor apareció en mi casa y me dijo: ya regresó Camila y preguntó por ti... mi mamá me dejó ir aunque ya estaba oscureciendo... ¡Me mintieron! esa muñeca transparente y fría no era Camila, hasta sus ojos color del cielo se habían transformado, ahora eran grises, me dio miedo acercarme, pero ella me extendió su manito fría y yo se las calenté con las mías; yo le hablaba pero ella se dormía, era una medialuna transparente que descansaba en su camita... Regresé al otro día y otra vez dormía, pero abrió los ojos al tomar su mano en la mía, y con una voz que yo desconocía me preguntó ¿brilla el sol? ¡Si Cami! brilla... Me sonrió y cerró sus ojitos, me asusté porque algo intuía, corrí al consultorio de su papá y lo último que recuerdo es que él le dijo a Leonor: retiren a Liby por favor.

Comprendí ese mismo día siendo aún una niña “que la vida no es para siempre” y que los médicos no son Dios; y que también me arrepiento de no haberle dicho lo importante que ella era en mi vida, lo mucho que la quería, que crecí de golpe al enfrentarme con esa palabra tan fea y triste ¡muerte! Hoy cumplirías años Camila y este es el homenaje que yo te debía ¡que pena no habértelo hecho en vida! “La vida no es para siempre” Camila amiga querida, me dejaste el mejor de los ejemplos, callar ante el dolor de una amiga, porque luego me enteré que tú si lo sabías, que un día al ponerse el sol, tú ya no estarías en mi vida...

Con todo el amor a alguien que aún ocupa un lugar en mi recuerdo.

***Libia Beatriz Carciofetti***

***Argentina***

***[libiacarciofetti@arnet.com.ar](mailto:libiacarciofetti@arnet.com.ar)***

***[gomilineme@arnet.com.ar](mailto:gomilineme@arnet.com.ar)***

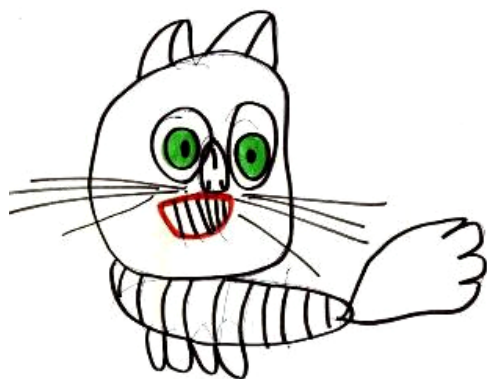
***Ilustración: Carlos Eduardo Delgado Gutiérrez***

***México***

***[Carlos.Delgado@inegi.gob.mx](mailto:Carlos.Delgado@inegi.gob.mx)***

## RECUERDOS DE MI NIÑEZ

### UN GATO ESPECIAL



Durante algunos años, en la sala de mi casa se instauró una agencia de venta de latas de galletas de sal que ostentaban el nombre de Magda -en franca competencia con las entonces muy famosas galletas Gilda- en honor a la hija del dueño de la galletería, que era tío mío por vía paterna, por lo cual, frecuentemente yo debía dedicar parte de mi tiempo libre a entregar las latas de galletas en los domicilios de los clientes, utilizando para

ello un triciclo de esos que tienen un gran cajón en su parte delantera -tan famosos en estos tiempos-. Uno de esos clientes era un profesor dueño de una academia privada de mecanografía y taquigrafía, con quien mi padre llegó a un acuerdo, lo que me permitió aprender mecanografía -que me ha resultado extraordinariamente útil a lo largo de mi vida laboral- y algo de taquigrafía, a cambio de entregarle semanalmente una lata de galletas sin costo alguno.

Una mañana hizo acto de presencia en la casa un bello gato negro, a quién bautizamos enseguida con el nombre de Pancho, -desconociendo, por supuesto, que años más tarde, ese patronímico se reservaría casi exclusivamente por todo el mundo para los monos pequeños- cuyos antecedentes nunca pudimos conocer y que, como era natural, causó gran sensación entre nosotros los niños, quiénes, a fuerza de llantos, berrinches, pataletas y otros actos por el estilo, logramos que nuestros padres accedieran a que se quedara en casa.

Durante los varios años que este gato permaneció entre nosotros, tuvieron lugar diferentes situaciones en las cuales le correspondió el rol protagónico principal. Una de las más significativas fue el hecho real de que, al cabo de algún tiempo, se acostumbró de tal manera a comer galletas, que cuando queríamos que viniera, no teníamos más que destapar una lata de galletas y al instante, atraído por el reflejo condicionado que le producía el ruido de esa acción, se le encontraba junto a nosotros maullando para que le diéramos de comer.

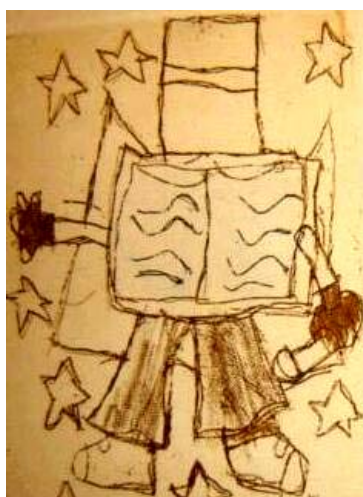
En ocasiones se subía al tejado de la casa en horas de noche, -tal vez para contemplar la luna pensando que era de queso, igual que Vinagrito, o para hacer el amor con alguna gata zalamera de los alrededores- pero cuando llegaba la mañana, le daba miedo bajar por las mismas tuberías que utilizaba para subir y se pasaba un buen rato maullando, -pidiendo auxilio- hasta que el viejo Alfonso -un honorable veterano de nuestras guerras de independencia descendiente de chinos que era vecino nuestro- lo hacía bajar ensartado en un jamo ubicado en la punta de una larga vara.

En cierta ocasión, Armando y yo decidimos introducir al gato dentro del refrigerador y dejarlo allí un buen rato, al cabo del cual, le solicitamos insistentemente a nuestra tía Lisa -la hermana menor de mi madre que permanecía soltera, que habitualmente vivía con nosotros y que verdaderamente nos malcriaba demasiado- que nos sirviera agua para beber. Como es lógico suponer, al abrir el refrigerador en busca de la jarra de agua, el gato, que llevaba dentro unos cuantos minutos -me imagino que casi ahogado por la falta de oxígeno y aterido - dio un tremendo salto -tal vez pensando que no podía perder esa oportunidad para salvar una de sus siete vidas- y soltando un feroz gruñido, fue a dar al pecho de Lisa, -la cual, por supuesto, no podía imaginar siquiera que nosotros hubiéramos sido capaces de hacer algo similar- quién dando un grito de horror al estilo de las películas de Alfred Hitchcock, casi muere de un infarto cardiaco.

Ante tal situación, mi padre decidió deshacerse del gato, para lo cual lo introdujo en un saco de yute cuya boca amarró fuertemente con un cordel y lo llevó algo distante, cerca de la línea del ferrocarril y allá lo dejó tirado, pensando que de tan fácil manera había resuelto el problema e ignorando que el gato -no sabemos a ciencia cierta como lo logró- había regresado a la casa antes que él.

Como quiera que en la azotea del hospital mantenían unas jaulas con conejos para sus investigaciones médicas, a nuestro gato le dio por subir por las noches y matar algunos de aquellos animales, por lo que un buen día, digo, una buena noche, perdió sus siete vidas en la horca, mediante una trampa que le tendieron en aquel lugar.

## UN CHORIZO PARA EL ALMUERZO



Uno de esos días en que las amas de casa se encuentran sumamente atareadas con todos los trajines propios de las labores hogareñas, sobre todo, cuando la familia es algo numerosa, como era nuestro caso, mi madre le ordenó a mi hermano Armando que fuera a la bodega de Alipio y le trajera un chorizo. En ese momento, pasadas las nueve y media de la mañana, ella se encontraba en la fase inicial -al tiempo que realizaba muchas otras cosas- de la preparación del almuerzo para el núcleo familiar, el cual debía estar siempre listo para ser servido exactamente a las doce y treinta minutos, según las costumbres y los rígidos criterios de mi padre en ese sentido.

Y muy obedientemente, ante la orden de mi madre, Armando partió al cabo de unos minutos hacia la bodega de Alipio, distante aproximadamente dos cuadras, justo al lado de la Sociedad Liceo.

La bodega, o mejor dicho, la bodeguita de Alipio, era famosa en aquella parte del pueblo por la gentileza y buenos modales de éste, el muchas veces demostrado deseo de servir y complacer a sus clientes y principalmente porque mantenía una libreta donde anotaba todo lo que cada una de las familias le compraba fiado, hasta tanto llegara el día del cobro mensual o finalizara la zafra azucarera, momento en el cual, por lo general, le abonaban una parte de las deudas -puesto que la economía hogareña de aquellos tiempos no daba para más- y así se mantenía siempre una cuenta pendiente por cobrar y la aspiración de cada familia de poder liquidarla completamente algún día.

Alipio el bodeguero, con su amabilidad característica, le entregó a Armando un chorizo con su correspondiente dosis de manteca “dormida”, envuelto en un trozo de papel impermeable, doblado en dos partes y torcido por ambas puntas, a la usanza de los bodegueros clásicos y de inmediato, éste partió de regreso con el paquetico apoyado en la palma de su mano derecha y sujeto mediante la totalidad de los dedos de la mano semicerrada, pero, niño al fin y al cabo, apenas había andado los primeros cien metros, se tropezó con un grupo de amiguitos que, en medio de la calle, bajo los fuertes rayos de un esplendoroso sol veraniego de las diez de la mañana, jugaban al trompo, y ahí mismo se quedó parado durante largo rato, embelesado con las peripecias de unos y otros para no resultar perdedores al llegar a la meta final.

-Luisito, vete hasta la bodega de Alipio para saber qué le ha sucedido a tu hermano, que hace mucho rato que salió y aún no ha regresado y donde quiera que esté, le dices que regrese inmediatamente con el encargo- me dijo mi madre, luego de transcurrida más de una hora de la salida de Armando, viendo que no llegaba con el dichoso chorizo que necesitaba para el potaje del almuerzo.

Al llegar a la citada esquina, encontré a mi hermano completamente concentrado en el juego de sus amigos. En ese momento, en que me sentía irritado e incómodo por haber tenido que dejar a medias mis juegos, tuve la desdichada idea de gritarle: Armando, mi mamá te está esperando hace mucho rato, está preocupada porque no sabe si te ha sucedido algo y resulta que tú estás aquí, entretenido, viendo jugar al trompo a esta partida de negros. Aunque estoy plenamente convencido de que no había malicia alguna en mis palabras, fruto de mi mente infantil y de mi mal humor, lo cierto es que ese planteamiento resultaba extremadamente ofensivo, si se tiene en cuenta el alto porcentaje de población de la raza negra que habitaba aquella zona del pueblo.

Efectivamente, del grupo de niños que allí jugaba, la mayoría pertenecía a la raza negra, entre los cuales destacaba Mariela, una niña de unos 10 años de edad, fuerte y corpulenta y, además, con ínfulas de guapetona, la que se sintió, como era de esperar, sumamente ofendida por mis insolentes palabras, razón por la cual se me acercó corriendo y me propinó una soberana trompada que me partió el labio superior y me hizo rodar por el suelo polvoriento,

impregnándoseme toda la ropa y el cuerpo de la tierra colorada propia de aquel lugar.

Ante este altercado -luego de que la mamá de Mariela me contuviera en algo la sangre mediante la aplicación local de azúcar prieta- y mi inconsolable llanto, Armando emprendió al fin el regreso a la casa. Una vez allí, mi madre, como es natural, se alarmó sobremanera al ver mi calamitoso estado, al tiempo que increpaba a Armando por la demora y le pidió que le entregara el chorizo, pues ya se encontraba sumamente atrasada en su propósito de tener listo el almuerzo antes de la llegada de mi padre. Pero cual no sería su sorpresa, cuando al entregarle el paquetico, se percató de que el mismo se encontraba completamente vacío, embadurnado de la manteca del chorizo, el cual brillaba por su ausencia. Sin dudas, tan absorto se encontraba Armando ante el interesante juego de sus amigos, que no se percató de que los fuertes rayos solares habían derretido la manteca y que el chorizo había resbalado a través de una de las aberturas laterales del envoltorio y había caído al suelo.

Además de la gran reprimenda por mi inadecuado comportamiento con el grupo de niños, como castigo, se nos prohibió a ambos salir a jugar en dos semanas. En lo que respecta a Armando, tan bien aprendió la lección que, a partir de entonces, nunca más se detuvo ante nada y ante nadie cuando regresaba con algún mandado de la bodega de Alipio.

## **GUARDA LA RISA PARA...**



Como casi siempre sucede en todos los hogares cubanos, mi padre solo de cuando en vez nos regañaba y muy de tarde en tarde nos podía dar una leve nalgada como reprimenda ante una maldad o majadería propia de nuestra edad.

Sin embargo, mi madre, como buena hija de isleños, nos mantenía permanentemente bajo la amenaza del castigo físico, para lo cual utilizaba un zambrán de los que usaba mi padre en su uniforme militar. Cada vez que a alguno de nosotros se le ocurría cometer cualquier pillería o se portaba mal delante de una visita, ella lo miraba fijamente y le hacía

señas con los dedos de la mano, diciéndole al mismo tiempo, “me debes una, o me debes dos, etc.”, en dependencia del número de travesuras o de malos comportamientos que hubiera realizado sin haberle aún pasado la cuenta y así hasta un día, en que tanto la mortificábamos, que no podía contenerse por más tiempo y tomaba el zambrán en sus manos y comenzaba a golpearnos -aunque debo señalar que siempre era por las nalgas, evitando al máximo pegarnos por ninguna otra parte vital del organismo- y a cobrar todas las deudas diciendo: esto es por aquello, esto es por aquello otro, esto es por lo de más allá, etc. A

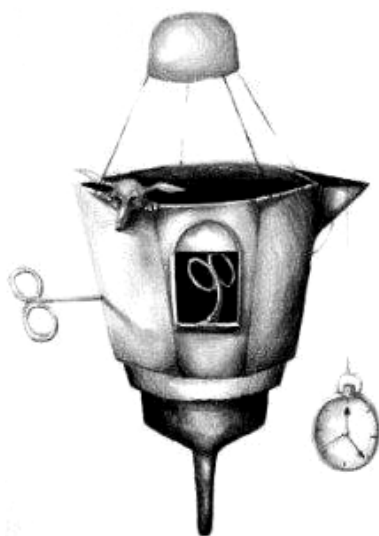


veces perdía la noción de las deudas que ya se había cobrado con anterioridad y repetía el castigo de una deuda cobrada algún tiempo atrás y ante el reclamo del castigado, decía, no importa, me la vuelvo a cobrar. Cuando se trataba de alguna pillería de alguno de nosotros en la cual se hacía evidente la risa o como resultado de ella el inculpado reía a pierna suelta, era frecuente oírle sentenciar: “guarda la risa para la llora”, lo que no sé por qué razón, siempre me recordaba aquella otra frase habitual en ella, cuando alguno de nosotros no deseaba más comida, o cuando nos daba una cucharada de medicina que detestábamos, de “antes de que se pierda que te haga daño”, evidenciando claramente la influencia genética de sus antepasados.

Armando y yo dormíamos en una misma cama y casi todas las mañanas, al despertarnos, teníamos nuestras broncas y terminábamos en una riña a patadas.

Una de esas mañanas, en que mi madre seguramente estaba de mal humor por alguna situación que nosotros como niños no podíamos comprender, agarró el zambrán y comenzó a castigar a Armando. Mi susto fue de tal magnitud, que aproveché la ocasión para salir corriendo y, sin percatarme de que solamente vestía un calzoncillo de paticas, de los que hoy día llaman “matapasiones”, - que además me quedaba algo amplio de cintura y tenía que sujetarlo con las manos para evitar que se me cayera- abrí la puerta de la calle y fui a parar a la casa de Manolito el lechero, que vivía a unas dos cuadras de distancia y con cuya familia yo tenía gran confianza. Lo cierto es que pasado un buen rato, el suficiente para que mi madre se calmara y así evitar el castigo con el zambrán, cuando consideré el momento oportuno para regresar a mi casa, fue justamente en ese instante en que me percaté de mi situación y fue tan grande la pena que pasé que, además de solicitar que me hicieran el favor de traerme alguna ropa para poder regresar a casa, pasé varios meses sin tan siquiera cruzar por el frente de la casa de Manolito.

## UNA SINGER “OLOROSA”



Cuando contrajeron matrimonio, mis padres adquirieron una máquina de coser mecánica, de pedal -pues aún no se habían inventado las eléctricas- de la marca Singer, que se expendía dentro de un hermoso mueble de madera dura, de aproximadamente cinco cuartas de largo por tres de ancho, coronado por una gran tapa del mismo material, con su correspondiente base de hierro, excelentemente adornada con diversas filigranas, donde se encontraban el pedal y la rueda que hacían funcionar la máquina de coser a la velocidad deseada, mediante un grueso cordón adosado a su cara externa y a la de una rueda similar, pero mucho



más pequeña, que tenía la máquina. Así, cuando se iba a utilizar, era necesario levantar la tapa y sacar la máquina de coser de su interior, la cual quedaba sujeta al mueble por su parte inferior, mientras era sostenida por dos brazos de la misma madera colocados debajo de la tapa a lo largo del mueble.

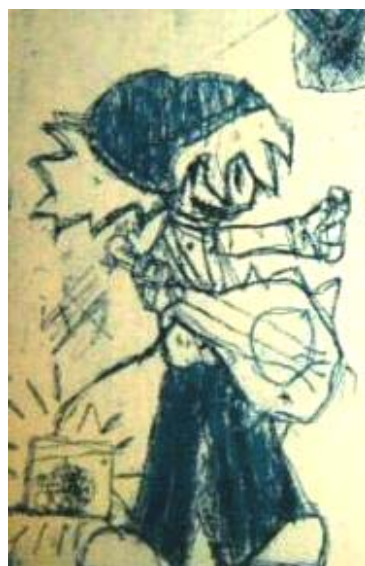
La citada máquina de coser, cuya ubicación habitual dentro de la casa era la saleta y que después de 68 años de estrenada aún se conserva, más como objeto museable y como recuerdo del hecho que voy a relatarles, que como artículo de uso habitual, fue objeto de un acontecimiento que por sus “olores” y su rara y casi increíble ocurrencia, merece ser divulgado a toda la humanidad.

Tanto la sala como la saleta y el pasillo de la casa eran sitios habituales para nuestros juegos, pues mi madre sólo en muy contadas ocasiones nos permitía salir al portal - mientras ella se mantenía al tanto de nuestros pasos- y jamás a la calle, debido al temor que en aquella época y específicamente en aquella zona, torturaba la mente y el corazón de todas las madres, de que alguno de sus hijos fuera secuestrado y sacrificado en uno de los rituales de santería, por parte de la población negra, que era mayoría en esa ala del pueblo, a punto de partida de los rumores y comentarios -por regla general totalmente infundados- de la población, que les achacaba estos actos horripilantes, aunque, al menos que se conozca, nunca nadie pudo probar nada en ese sentido.

Pues bien, uno de esos días normales de juegos, a mi hermano Armando le comenzaron unos fuertes dolores de estómago -seguramente por una ingesta- y no se sabe a ciencia cierta cómo ni por qué, en lugar de ir al inodoro, como todo el mundo, decidió levantar la tapa del mueble de la máquina de coser, dejar caer dentro su “pestífera” carga y, sin decir nada a nadie, seguramente en evitación del lógico, seguro, severo y doloroso castigo de mi madre, dejó caer nuevamente la tapa, cerrando el mueble “y aquí no ha pasado nada”.

Así las cosas, durante varios días, siempre que uno de mis padres pasaba por la saleta, cerca de la máquina de coser, el olfato se le hacía añicos y buscaba y rebuscaba por todas partes y por todos los rincones, sin hallar la causa de su sufrimiento nasal, hasta que, pasadas casi dos semanas, cuando apenas el “perfume” se hacía notar, mi madre se dispuso a coser y ¡oh!, sorpresa, al levantar la tapa del mueble y en el preciso momento en que introducía su mano derecha para levantar la máquina de coser, ésta se le quedó paralizada, al detectar la existencia sobre la máquina de una tremenda “plasta” casi totalmente reseca, que la obligó a una profunda limpieza y odorización general de todo el mueble y su contenido. Por mucho que indagó con nosotros, peleó y amenazó con los peores castigos, no logró encontrar al culpable hasta muchos años después, cuando Armando, quien había ya cumplido quince años de edad, a caja destemplada confesó su fechoría, a sabiendas de que la etapa de los castigos físicos ya había caducado.

## ODISEA BARBERA



Allá por el año 1947 yo era realmente -y aún hoy lo sigo siendo- un eterno enemigo del barbero, o mejor dicho, de la increíble tortura que para mí representaba el mantenerme quieto, durante un buen rato, sentado en el sillón del barbero, cuando a pesar del aire del ventilador, el calor me agobiaba y los recortes de pelo que me caían alrededor del cuello me causaban una enorme “pica pica”.

Todos los varones de mi familia, incluido mi padre, éramos clientes fijos de Loynaz, un modesto barbero, quién había montado su barbería propia en la sala de su casa, cuyos instrumentos de trabajo no eran precisamente los de más avanzada tecnología, pero con quien el costo del pelado era solamente de 40 centavos, mientras que el precio oficial en las demás barberías era de sesenta centavos.

En virtud de las características antes citadas, me costaba siempre muchísimo trabajo cumplimentar las decisiones y deseos de mis padres -sobre todo de mamá, que era quién más insistía- y decidirme a acudir a la “sala de torturas”.

Por otra parte, me encantaba salir con papá, no importaba adonde fuera, lo importante era ir con él a cualquier lugar, tratando, al propio tiempo, de imitar en todo lo más posible, su forma de caminar, hablar, sus gestos, etc.

En una ocasión en que yo era poseedor de una gran melena, mi madre aprovechó la coyuntura que le brindaba mi deseo expreso de acompañar ese día a mi padre, que tenía proyectada realizar una visita a no se qué lugar y me planteó, con la seriedad que la caracterizaba, que si iba a la barbería a que me cortaran el cabello, podría ir a la visita con papá o de lo contrario, no me autorizaría.

Ante esa especie de chantaje, no me quedó más remedio que acceder y me dispuse al sacrificio, reclamando con bastante insistencia la necesidad de que papá me esperara y no fuera a irse sin mí.

Para mi sorpresa, al regresar de la barbería perfectamente pelado, me encontré con la infausta noticia de que mi padre ya se había marchado y comprendí que había sido víctima de un fabuloso engaño, por lo que me pasé el resto de esa tarde y las primeras horas de la noche orquestando un tremendo berrinche y planteando insistentemente que me dejaran ir nuevamente a la barbería para que Loynaz me pegara el pelo.

Por otra parte, cada año, casi todos los niños de la familia nos pasábamos los tres meses que duraba el período de vacaciones escolares en la pequeña finca de mi abuela materna en Jagüey Grande llamada “La Bonita”, donde gozábamos de lo lindo subiéndonos en los árboles, registrando nidos de pájaros, montando a caballo y un seremil de cosas más, a pesar de que en aquel lugar no había

electricidad, agua corriente ni carreteras. Personalmente considero que aquellos niños que no hayan tenido la oportunidad de disfrutar de las maravillas de estas aventuras campestres, se han perdido una de las cosas más grandes de sus vidas. En una casa cercana a la finca había una barbería, cuyo barbero, llamado Medardo Terry, padecía de una enfermedad que lo obligaba a mantener permanentemente los ojos semicerrados, dando la impresión de que los párpados le pesaban una enormidad, al tiempo que, seguramente como un mecanismo de defensa, abría y cerraba los ojos casi constantemente, cual si se tratara de un tic nervioso.

En una ocasión mi tío Lulio me obligó, literalmente hablando, a acudir a esa barbería, que como es fácil comprender, a mi eterna rebeldía en cuanto a ser víctima de ese tipo de tortura, se sumaba el gran temor de que, como mis propios tíos me decían en son de broma, aunque a mí me parecía que era en serio, me pudiera cortar una oreja.

Ese día, Lulio debía también cortarse el cabello, por lo que fuimos juntos a primera hora de la mañana. Como quiera que él debía incorporarse a su trabajo, que en el horario de la mañana, consistía en cargar de cañas el camión en el momento en que llegara, lo pelaron primero, e inmediatamente después pasé yo al sillón.

Cuando el barbero me había cortado el cabello de un lado de la cabeza y se disponía a comenzar el otro, se oyó el claxon del camión y Lulio, que hasta ese momento se mantenía sentado en el propio salón, lo que me producía un agradable efecto de protección, se dirigió al cañaveral vecino, recomendándome que cuando terminara, también fuera para allá. Sin embargo, casi al unísono, saliendo él por la puerta, me levanté del sillón y arrancándome el paño de un tirón, eché a correr en medio de aquellas guardarrayas con rumbo desconocido, pues temía el regaño de Lulio si me encontraba en ese estado a medio pelar.

A fin de cuentas fui a parar a casa de una prima que vivía a unas dos leguas de distancia, la cual, por supuesto, ignoraba las razones de mi visita. Al caer la noche, el esposo determinó llevarme de regreso a casa de abuela y al llegar pude conocer que mis tíos me habían buscado durante todo el día y que realmente se encontraban extraordinariamente preocupados por mi situación. Lo cierto fue que mediante esa barbaridad, me libré de continuar bajo el temor de que Medardo me cortara una oreja aprovechando que Lulio no se encontraba en la barbería y, al propio tiempo, del seguro regaño y posible paliza por parte de éste.

***Dr. Luis Delgado Méndez***

***CUBA***

**[ldelgado@infomed.sld.cu](mailto:ldelgado@infomed.sld.cu)**

***Ilustraciones:***

**UN GATO ESPECIAL**

***Sarah Graziella Respall***

***5 años, preescolar***

***Cuba***

**UN CHORIZO PARA EL ALMUERZO**

**ODISEA BARBERA**

***Manyi de la Cruz Hinojos***

***11 años***

***Puerto Vallarta, Jalisco, México.***

**[ijzi@hotmail.com](mailto:ijzi@hotmail.com)**

**GUARDA LA RISA PARA...**

**UNA SINGER “OLOROSA”**

***Ray Respall Rojas***

***17 años***

***Cuba***

**<http://rayrespall.laciudaddelaluz.org>**

## La armadura de Luis



En mayo de 1982 mi hermano Luis estaba cumpliendo su servicio militar en Buenos Aires, y formaba parte del Regimiento Primero de Infantería Patricios. Usaban un uniforme que me resultaba muy gracioso: de color azul oscuro, con grandes botones plateados, tiras blancas que les surcaban el pecho formando una enorme X y, sobre la cabeza, una simpática galera del mismo color con su ala adornada por una pluma.

Cuando fuimos a visitarlo, con mamá, poco antes de la guerra, yo no podía parar de reír.

Aún no había cumplido mis seis años pero aún así ya había empezado la escuela primaria; por aquellos años en Argentina el jardín de infantes aún no era obligatorio y yo no había querido cursarlo, decisión que mi madre respetó.

Pero no pudo admitir que perdiera un año completo de clases sólo por el hecho de no tener seis años al momento de mi ingreso así que, pensó, como cumpla años en el mes de junio, pensó que comenzar en 1982 mi primer grado era lo más correcto.

Yo estuve de acuerdo porque desde chica me gustó la escuela, y desde chica me gustó esto de escribir, mi mejor manera de entender y expresar lo más profundo de mi ser.

Aunque debo admitir que ni el colegio ni la maestra habían cubierto mis expectativas: mis compañeros eran algo intolerantes conmigo -yo, la más pequeña del salón- y mi maestra era lo más parecido que se ha visto en la Argentina a Margaret Thatcher. Al menos, fisonómicamente hablando. Pero en realidad yo extrañaba mucho a Luis, mi único hermano, y de ese enorme vacío en mi existencia surgían el resto de mis problemas.

Por más que él era muy propenso a enojarse ante mis demandas de atención y gustaba de infligirme toda serie de "tormentos", yo literalmente lo adoraba. Cada una de sus actividades y cada uno de los momentos que pasábamos juntos (en sus buenos días, eso sí, cuando no se divertía asustándome o persiguiéndome por la casa por las noches) eran para mí importantísimos acontecimientos que por nada del mundo quería perderme ni postergar.

Creo que la diferencia de edades existente entre nosotros contribuía aún más a cubrir a Luis de una estela mágica, como si fuera una especie de caballero medieval, o un poderoso mago blanco que yo sabía que en el fondo estaba ahí para protegerme.

Pero él se había ido y yo no sabía nada de guerras ni de muerte...no todavía.

Pero una tarde mi universo entero se resquebrajó. Al volver de la escuela encontré a mamá llorando, sentada a la mesa de la cocina. Tenía un papel en la mano; me acerqué a ella y simplemente me abrazó, secándose las lágrimas, y trató de sonreír intentando vanamente ocultar una tragedia que yo ya intuía como tal.

"Luisito se va lejos, al sur, a defender el país", me dijo acariciándome el cabello y yo sólo atiné a preguntar si podía acompañarlo, irme con él en uno de esos camiones grandes que pasaban por la tele. Y mi mamá no pudo menos que sonreír con ganas, quizás por primera vez en el día, antes de contestarme que no, que eso era imposible.

Trató de explicarme que había una guerra, que nosotros los argentinos estábamos tratando de recuperar un par de cómicas islitas que se encontraban perdidas en medio del mar, casi en el confín del mundo.

Y yo me devanaba los sesos tratando de imaginar, infructuosamente, para qué las querían, si sólo había pingüinos por allá. "Ah, sí, capaz que quieren hacer un zoológico con osos polares y todo", reflexionó, inocentemente, mi mente infantil.

No recuerdo el tiempo en días, ni horarios. Apenas tengo un esbozo de larguísimas jornadas de nostalgia. Todo lo ocurrido en los meses que siguieron aflora de mi mente perezoso, envuelto en un halo fantasmagórico, onírico. Se me cruzan difusas imágenes de mamá, fumando un cigarrillo tras otro. O de papá, dando vueltas por la casa enloquecido de impotencia, enfurruñado y triste. Y yo, sentada bajo el mástil de la escuela, abrazando la foto de mi hermano sin oír la voz de la maestra que me llamaba al salón... Esa hermosa imagen en la que él vestía su uniforme de conscripto, posando en casa la última vez que nos visitó, mientras se encontraba de licencia...

Nadie parecía entender lo que me pasaba. Ninguna de mis amiguitas tenía un hermano en la guerra, y ninguna de mis maestras parecía considerar la devastación que provocaba esa situación familiar en mí. Pedían atención, concentración, me pedían que jugara, y yo no era capaz de hacer nada de eso... Sólo pedía a gritos, sin saber cómo, que alguien me comprendiera.

En esos días comencé a ver la propaganda. Era oficial, supongo.

En la pantalla blanca y negra de mi televisor aparecía una nena de cabellos largos y claros, sentada a una mesa redonda en donde había colocado, bien cerca suyo, la foto de un soldado. Escribía algo en un papel y, de fondo, una hermosa canción decía: "Hoy le escribí una carta, a mi querido hermano, le puse que lo extraño y que lo quiero mucho...".

Pasaron los años y yo crecí, pero jamás pude volver a escuchar esa maravillosa melodía que me reconcilió un poco con todo lo que me estaba pasando. Porque comprendí que no estaba sola, y que muchos niños y niñas en mi país estaban sufriendo lo mismo que yo.

No sé si tenía clara la idea de la muerte, era muy pequeña. Pero sí sabía, de alguna instintiva manera, que Luis podría no volver más. Que quizás nunca

podría volver a enfurecerlo tirándole del vello de sus piernas o haciéndole cosquillas en los pies mientras dormía.

Y sencilla, literalmente, esa niña de cinco años que fui no podía imaginar la vida sin su mago, su caballero indestructible que todo lo podía y que, por gracia de Dios, era mi hermano. ¡Mi único hermano...!

Entre la bruma del tiempo aún puedo identificarme con ese profundo dolor, esa desolación (no hay nada más triste que un niño desolado), ese vacío... y aquella melodía inolvidable.

Porque la niña de la tele también era yo, y la carta que escribía era aquella que yo aún no había aprendido a escribir y aquel hermano, tan lejos... también era el mío, presente en una fotografía que recordaba los tiempos felices.

Mi hermano en la guerra... Tan lejos... En "Elsur", había dicho mamá, pero "Elsur" no existía en los mapas, y yo no sabía leer.

Ni siquiera la cartografía podía acercarnos... A nosotros que, a pesar de las diferencias, habíamos sido tan unidos...

La guerra terminó un 10 de junio, un día antes de su cumpleaños. Ese año no pudimos festejarlo juntos. Y tampoco el mío. Creo que jamás cumplí seis años... O, por lo menos, nunca los festejé, aún cuando mamá me hizo la fiesta y mis amigos sí jugaron...

No sé cuánto tiempo pasó pero un día volví a verlo, en una clínica, con la cara toda vendada y respirando dificultosamente a través de un tubo de oxígeno. Cuando mamá me llevó me asusté y no quise entrar a la habitación, a pesar de que tenía tantas ganas de verlo.

Porque tuve la sensación de que no era él, de que me lo habían robado, de que el muchacho de 18 años que se había ido a aquellas islas tan lejanas no había vuelto del todo.

Y como los niños son tan sabios, años después comprobé que aquella sensación no era tan equivocada.

Creo que esa tarde, al volver a verlo, así, comprendí que era apenas un hombre. Vulnerable, frágil, mortal. Pero un hombre adorado que, al fin, Malvinas me había devuelto. Y con vida, después de todo.

Con el tiempo volvimos a jugar, casi como antes, aunque algo en lo más profundo de su ser había cambiado y, aunque las heridas del cuerpo sanaron, algo en su alma quedó lacerado por siempre. Escuchaba sus gritos por las noches, mientras dormía, y corría a su cama a tomarle las manos y tratar de salvarlo de su propio infierno, un infierno de amigos masacrados y disparos de metralla amenazándolo por doquier.

Un año después se graduó como policía. Y los directivos de mi escuela invitaron al veterano de Malvinas al acto del Día de la Independencia, para orgullo de mis padres y mi absoluta felicidad. Recuerdo claramente que se sentó justo detrás de mi y de mis compañeros de grado, irresistiblemente elegante en su uniforme azul, el bigote perfectamente recortado, los guantes blancos impecables, el arma enfundada en su cadera. Cuando sonaron las primeras



estrofas del Himno Nacional y todos nos levantamos a cantar miré sobre mi hombro y lo vi, erguido y ceremonioso, indeciblemente digno, ofreciendo su venia a la bandera mientras dejaba correr una lágrima por sus mejillas y toda la escuela lo observaba con respeto y la más profunda admiración... Hasta el día de hoy, es uno de los más maravillosos recuerdos de mi vida.

Y así fueron pasando los años, como se supone que han de hacerlo. Él se casó y tuvo tres hermosos hijos que en algo completaron su vida, y los gritos nocturnos casi cesaron por completo gracias al trabajo de los psicólogos y el amor de su mujer.

Pero cuando el invierno arrecia y el sol se esconde, caprichoso, entre las nubes, cuando el frío y la llovizna calan los huesos, el fantasma de Malvinas vuelve sobre él llevándolo a lugares al que no podemos acompañarlo, por más que lo intentemos. Porque quizás nos protege de tanto dolor.

Yo soy una mujer, ahora, que ya dejó atrás su adolescencia y mucho más allá las ensoñaciones infantiles. Él es para mí un hombre vulnerable y frágil, sí, pero es también un varón valiente y comprometido consigo mismo y con su propio porvenir. Un hombre en cuyos ojos aún pueden verse rastros de aquel joven empedernido que no le temía a nada, ni siquiera a la muerte.

Pero, ¿saben?, a veces, al mirarlo, al sentir como estos caudalosos torrentes de amor fluyen en mi alma por él, me gusta jugar a que tengo seis años, aunque más no sea por un rato. Y cuando me esfuerzo y lo hago -sorteando en el camino mis tontas refutaciones adultas acerca de la realidad de las cosas- inmediatamente la figura del caballero vuelve a erguirse maravillosa, enfundado en su reluciente armadura de platino indestructible que refleja los rayos de un millón de soles.

Y, espada en mano, mirándome con toda esa dulzura de sus ojos rasgados de príncipe egipcio, emprende su lucha gallardo e imponente, contra todos los monstruos que habitan debajo de mi cama...

***Mara Carrillo***

***Tres Arroyos***

***Argentina***

***[ketzail@hotmail.com](mailto:ketzail@hotmail.com)***

***Ilustración: Flavia Maria Sopo Arzuaga.***

***La Habana, Cuba, 1977***

***[fsopo@yahoo.es](mailto:fsopo@yahoo.es)***

## El tesoro de la juventud



Por lo general los ojos de un niño se fijan en el recuerdo más colorido, desde ahí se podría plantear que el aullido de un perro no intervenga más de lo que puede sugerir un día de sol bajo los brazos de la hierva.

Mi niñez no ocurrió en medio de soleados mares tropicales ni en medio de blancas montañas. A los ocho años sinuosas ocurrencias se me aparecían cuando recorría con mi padre senderos repletos de árboles de las más variadas formas. Las cortezas descascaradas me producían un temblor que empezaba en mi cuello para acabar en mis frágiles manitos.

Mi padre solía tratar de explicarme que la naturaleza fue el principio y sería el final de todo cuanto se conocía en el planeta Tierra, yo desconfiaba de sus palabras, por aquel entonces la naturaleza era el vínculo más exacto con lo fantástico.

Hoy, viéndolo en retrospectiva me doy cuenta de que esa magia provenía de los cuentos que mi abuela dejaba salir de sus labios una y otra vez, tomando como escenario central el marrón comedor de su casa.

Los ruiseñores de que ella hablaba podían existir en el bosque, yo los escuchaba en medio de mis pasos por aquellos senderos plateados. Cuando mi padre se adelantaba unos metros, no más de unos segundos bastaban para que intentara buscar la casa de “La Cenicienta” nadando en medio de las margaritas hasta que un insecto me aterraba. Las huellas de “El gato con botas” aparecían siempre entre las enredaderas que rodeaban los gruesos pinos y “El patito feo” respiraba en medio de los llorosos sapos que saltaban como príncipes atrapados en la eternidad del bosque. Nunca pude distinguir qué sombras se ocultaban entre medio de las palomas que se alzaban sobre las ramas de altos eucaliptos. Miles de veces seguí a los grandes unicornios de los que mi abuela hablaba continuamente, pero eran tan rápidos que me fue imposible atraparlos por un instante con la mirada. Los caballeros de la mesa redonda del rey Arturo me vigilaban esperando que encontrara el santo grial, y mi sangre sentía a Merlín que permanecía congelado por el tiempo ausente en el interior de una caverna parecida a la de Platón.

Solamente tenía seis años cuando empecé a ver que bajo un fuerte libro de tapas negras que rezaba como título “El tesoro de la juventud” se escondían más que simples dibujos, grabados y aroma a menta, algo hipnotizaba mi mirar. Eran estructuras que se asemejaban a un camino de hormigas organizadas para salir a

la batalla, transcripta por la voz de una anciana que raspaba mi corazón con silbidos, pasos y barcos tras tesoros impensados.

Hoy el bosque fue aspirado por afilados brazos, aquella voz se ausentó hace unos años, pero en un estante todavía próximo un tesoro me observa tras silenciosas tapas negras.

***Marcelo Oscar López Díez.***

***Republica Oriental del Uruguay***

***Ciudad: Maldonado***

***[marcelocervantesdiez@yahoo.com](mailto:marcelocervantesdiez@yahoo.com)***

***Ilustración: Ray Respall Rojas***

***17 años, Academia de Bellas Artes San Alejandro***

***Cuba***

## LA CHUMBERA



La primera vez que hice novillos, la piarda, la pinta, o sea, no ir al colegio, lo pagué caro. La aventura consistió en un loco paseo en bicicleta por la carretera. Mis amigas y yo disfrutábamos del aire fresco, la velocidad, el campo, las margaritas y los pájaros. Al volver una curva cerrada un automóvil se nos echó encima. Todas pudimos apartarnos a la cuneta, pero yo fui más allá: caí por un barranco bastante profundo. Mi cuerpo rebotaba en los salientes de la ladera, hecho una bola. Mientras caía, tuve tiempo de pensar: “Aún estoy viva, aún estoy viva”...!zas! algo detuvo mi caída, algo con miles de puntas que se clavaron en mi cuerpo. Mi caída la frenó una planta muy común en Andalucía, una planta repleta de unos sabrosos frutos verdes o rojos, con una piel erizada de tremendas púas, que aquí llamamos higos chumbos y allende los mares, tunas. Fueron tantas las espinas, que necesité varias semanas para sacármelas todas, y por supuesto, no pude sentarme en mucho tiempo. La frase de mi padre fue: “En el castigo llevas la penitencia”. Sólo la paciente mano de mi abuela, siempre ella, la que me quitó las púas de la parte trasera de mi cuerpo.

**Ilustración: Lisandra Soler**

**9 años**

**Escuela Tomás Romay, Cuba**

[ideas@jovenclub.cu](mailto:ideas@jovenclub.cu)

## AL PIE DE LA LETRA



Manolo es un hombre simple aunque muy obediente. Su capacidad mental no va más allá de la de un niño de siete años. Su alma es limpia como su corazón y se esfuerza por realizar todas las tareas que se le encomiendan con una condición: sus jefes y compañeros han de esforzarse en expresar esas órdenes con toda claridad, es decir, sin metáforas, metonimias ni hipérboles, y si no, vean, vean, los ejemplos de órdenes ejecutadas al pie de la letra: Cuando era parvulito, su maestra, al borde del ataque de nervios y harta de que los niños le

pidieran salir a hacer pipí, caca, agua, limpiarles los mocos, etc. etc., y en ese preciso instante nuestro protagonista le pidiera salir, ella le dijo “Bueno, Manolito, pero aprovecha de una vez para hacerlo todo y no estés dando la lata a cada momento”.

Pasó más de una hora, y cuando la maestra se dio cuenta de que Manolito no había vuelto del servicio, fue a buscarlo preocupada.

Allí estaba el niño, sentado en la taza, rojo como un tomate y haciendo fuerza.

— ¿Qué haces, Manolito?

— Señor, como usted me dijo que hiciera TODO, pues estoy apretando, pero no sale.

Ahora, rondando la cuarentena, sigue casi igual de obediente.

“Coge la puerta y vete”. Manolo, encoge los hombros y con sus fuertes bíceps arranca de cuajo la puerta y se la echa al hombro. “Friega el suelo hasta que se pueda comer sopa en él”. Manolo tiene que volver a fregar el suelo que ha manchado de sopa. “Toma las de Villadiego.” Todavía está buscando en el mapa el susodicho pueblo. “Tráeme un café solo”, y la respuesta de Manolo es: “Será con taza, ¿no? porque si no, se derrama”. “Revuelve Roma con Santiago hasta que lo encuentres”. Ahí es donde Manolo se echa a llorar, pues su sueldo no da para tanto viaje.

Hay muchas más anécdotas de Manolo, que dejaré para otra ocasión. Pero eso sí. Tengo la completa seguridad de que Manolo irá al Cielo de cabeza, entrará como un toro, le tirará de las barbas a San Pedro, y cuando Dios le ordene echar una mano a los listillos de aquí abajo, me pongo a temblar, pues lo hará como siempre, al pie de la letra.

***María del Carmen Guzmán Ortega***

***España***

***[estaquas@hotmail.com](mailto:estaquas@hotmail.com)***

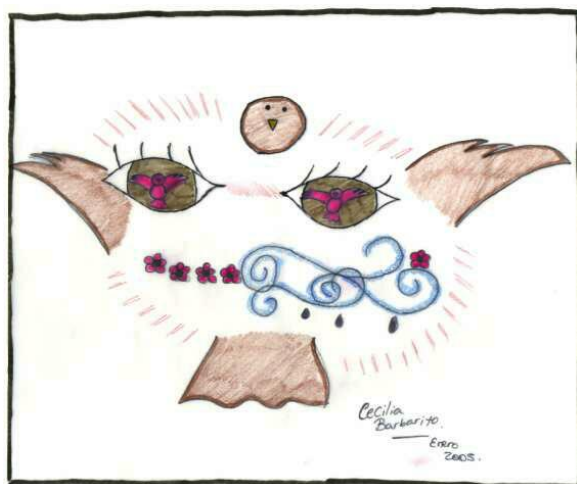
***Ilustración: Tomàs Perez Trovarelli***

***8 años***

***Bs. As. Argentina***

***[gabie@fullzero.com.ar](mailto:gabie@fullzero.com.ar)***

## ESTOY LIBRE...



¿No ves correr  
un río entre mis manos?

¿No ves volar  
las golondrinas en mis ojos?

¿No ves el rojo sol  
penetrar dentro mi piel?

¿Es que acaso no me ves libre  
alzarme y correr tras de la brisa?

Estoy libre...libre...libre,  
con mis brazos frágiles pero enormes  
atrapo a la luna y la acuno, y se duerme,  
sentada sobre una nube  
viajo hacia un mundo maravilloso  
que no tiene fronteras.

Estoy libre...libre...libre,  
mi canto es el de la lluvia,  
mi sombra es la noche  
y mi voz es el viento;  
mi edad es primavera,  
mi risa es las flores,  
mi pensamiento es ciudad.

Estoy libre...libre...libre,  
tan libre como el vuelo de un pájaro.

Este poema lo escribí en febrero de 1971, de noche, en mi humildísima casa ubicada en el conurbano de la ciudad de Buenos Aires –un lugar semipoblado por inmigrantes de Italia, España, Portugal, Austria, Alemania, Paraguay y de provincias argentinas-. Pocos meses después, lo leí impreso en el periódico estudiantil “La voz juvenil”, fue mi primer poema impreso pero habían transcurrido ya casi cinco años de anotar y anotar en pequeñas libretas “Norte” o en restos de cuadernos escolares. Pasaron muchos años, y con ellos la vida y ella me atravesó con una constante: leer y escribir para leer y escribir.

Cecilia, mi hija, tiene hoy casi la misma edad de aquella María Pugliese que escribió **Estoy libre...** y a partir de su lectura elaboró esta imagen.

***María Pugliese***

***Argentina***

***Ilustración: Cecilia Barbarito Pugliese***

***Argentina***

**[mariapu@yahoo.com](mailto:mariapu@yahoo.com)**



## PERRITO Y PERROTE



Entre los gratos recuerdos que tengo de mi madre está la narración, acompañada de gestos y cambios de voz, del cuento Perrito -siempre lo imaginé como un perrito sato- y Perrote -siempre pensé que era un San Bernardo-. Mil veces le pedía a mi madre que me lo hiciera, en cualquier momento, cuando estaba enferma,

cuando ella quería que yo comiera, cuando iba a dormir o cuando, por las noches, nos sentábamos todos en el portal de mi casa en Lawton. Y mil veces lo repetía ella con paciencia, con ternura y con tanta gracia y detalles, tantos, que yo veía exactamente todo lo que pasaba, como quien ve una película.

Nunca me dijo quién escribió este cuento-fábula o si ella lo inventó, nunca lo he leído ni se lo he oído a nadie, pero al que se le ocurrió quizás no le haya pasado por la mente la influencia que ejerció en mí, fijando cualidades que ahora, a los 61 años de vida, todavía conservo. Es tan bonito este cuento que todos los niños deben conocerlo; es muy corto y trataré de hacerlo como me lo hacía mi madre a mí:

## PERRITO Y PERROTE

Había una vez un perro chirriquitico y muy sato llamado PERRITO; que tenía un amigo nombrado PERROTE, de mucha alcurnia y grandote como un San Bernardo.

A PERRITO y a PERROTE les gustaba mucho pasear y con frecuencia iban al campo. Un día soleado, de esos que abundan en Cuba, habían caminado mucho y ya estaban cansados y muy hambrientos. Escogieron la sombra de unas matas de mango para descansar un rato y se echaron, jadeando, sobre la hierba.

Mientras contemplaban el paisaje de la sabana vieron a lo lejos una vaca que pastaba en el potrero. Tenía las ubres llenitas de leche y no se veía el ternero cerca. Los dos pensaron en lo sabroso que sería quitarse el hambre con la deliciosa leche de esa vaquita.

PERROTE se puso de pie de un salto y, con su voz grave y formas bruscas, dijo con fanfarronería:

- No te preocupes, hablaré con ella y tú verás cómo consigo la leche.

Fue hacia el potrero ladrándole a cuanto animal encontró en el trayecto, tratando por todos los medios de llamar la atención a la vaca para que viera sus fuertes músculos y los afilados colmillos de su boca.

Se paró cuando estuvo frente a ella y sin saludarla le ladró muy fuerte, diciéndole con mucha aspereza:



- Oye, vaca, mi amigo y yo tenemos mucha hambre y queremos que tú nos des de tu leche.

Con voz muy suave, pero firme, la vaca respondió:

- No, no, no. No te doy de mi leche -dijo, moviendo la cabeza hacia arriba y dejando de mirarlo, en gesto airado. Con el rabo espantó las moscas que la molestaban. Pero al hacerlo, también el rabo reafirmó la negativa, al moverse a un lado y al otro.

PERROTE ladró muchísimo con total descortesía, pero solo consiguió terminar de incomodar a la vaca, la cual no le hizo caso y, al final, se tuvo que ir sin la leche. Cuando llegó donde estaba PERRITO le contó, a su manera, lo que había pasado, ladrando con mucha alteración y muchos ademanes.

Entonces PERRITO, con su voz fina y serena, le dijo:

- No te preocupes, yo voy a pedirle la leche y tú verás que a mí sí me la da.

PERROTE se echó a reír y, como siempre, se burló del tamaño de PERRITO:

- ¡Ja, ja, ja! Oye, si a mí no me dio la leche con lo fuerte y grande que soy, cómo tú crees que a ti, tan chiquito que eres, te la va a dar. ¡Jo, jo, jo!

PERRITO al alejarse le respondió:

- Vamos a ver si yo lo logro, aunque soy muy chiquito, soy.

Y lo dejó ahí, no quiso extenderse en mayores explicaciones. "Lo más importante para ti es la merienda" -pensó.

Antes de acercarse a la vaca, PERRITO fue a un campo sembrado de caña de azúcar, que estaba a la derecha.

Recogió varias cañas finitas que habían quedado en el campo después del corte e hizo un mazo con ellas, porque sabía que a las vacas les gustaban mucho.

Llevó el mazo en la boca hasta donde estaba la vaca.

Al llegar, depositó las cañas en el piso y la saludó cortésmente:

-Buenos días, vaquita.

-Buenos días, perrito- le respondió la vaca mirándolo con agrado.

-¡Eh! ¿Cómo sabes mi nombre?- se asombró PERRITO.

-Bueno... eres un perro, ¿no? -le respondió la vaca- Y además eres chiquito. Por eso te dije perrito. No porque supiera que te llamabas así.

-¡Ah!- dijo PERRITO. Y más confiado añadió: -Vaquita, te traje un poquito de esta caña que está muy dulce y es muy suave, porque sé que a ti te gusta mucho. Mi amigo PERROTE y yo tenemos mucha hambre y queremos que nos hagas el favor de darnos un poquito de tu leche para merendar.

La vaca miró a PERRITO con simpatía y un gesto de aprobación se le dibujó en el rostro al decirle:

-Tú eres muy cortés y respetuoso y estás muy bien educado, no te pareces a tu amigo, que se cree muy fuerte y piensa que por la fuerza y con malos tratos puede obtener lo que quiere.

Y le dio a PERRITO toda la leche que él quiso. Y también para llevarle a PERROTE, porque la vaca no era rencorosa.

PERRITO, agradecido, le dijo a la vaca:

-Muchas gracias, vaquita, nos has hecho un gran favor.

Te estaremos agradecidos por siempre. Adiós.

Cuando PERRITO se alejaba, la vaca comenzó a comer caña y lo despidió diciéndole:

-Sigue portándote así, atento, cortés y respetuoso con los demás. Verás como la vida siempre te sonríe.

También trata de enseñar a tu amigo que sus maneras son incorrectas. Para ser feliz en la vida hay que hacer felices a los demás, y para eso hay que tener educación y tratar correctamente al prójimo.

PERRITO llegó con la leche y se sentó a la sombra de las matas de mango.

PERROTE, que todavía estaba alterado y gruñendo, le preguntó:

-¿Por qué la vaquita te dio leche a ti, PERRITO, y no a mí?

Y rascándose la cabeza, comentó en voz muy baja: - No comprendo.

PERRITO, que estaba muy contento y satisfecho, le dijo a PERROTE:

- Tú eres muy grande y fuerte, pero no fuiste amable con la vaquita, fuiste grosero y la maltrataste. Te creíste que por tratarla con dureza ella te iba a dar la leche que le pedías y no fue así. Yo, en cambio, que soy chiquitico, conseguí la leche porque fui amable y atento con la vaquita y le pedí la leche de favor.

Y con la autoridad que le otorgaba su correcto actuar, exclamó:

-¡Vamos! ¡Termina de tomarte la leche!

Terminaba mi mamá diciéndome que siempre debemos ser respetuosos y amables con las personas que nos rodean, y si necesitamos algo de ellas, debemos pedirselo de favor y, después, expresarles nuestro agradecimiento.

Nunca me dijo mi madre cómo PERRITO pudo llevarle la leche a PERROTE. yo después me quedaba pensando que eso sucede en los cuentos.

***María Victoria Dávalos Boada y José Mayoz Martínez***

***Cuba***

***[gordi99\\_99@yahoo.com](mailto:gordi99_99@yahoo.com)***

***Ilustración: Rosa María Hernández***

***México***

***[vinyamata@prodigy.net.mx](mailto:vinyamata@prodigy.net.mx)***

## EL REGALO

“Tú tendrás estrellas que saben reír”, dijo a un aviador solitario un niño capaz de ver la oveja perfecta, a la medida exacta de sus deseos, a través del dibujo de una caja cerrada. Ellos son nuestros magos de los colores, si está en sus aspiraciones, las estrellas se tornarán cascabeles.

Mi hija Sarah fue muy demorada en el habla, según los expertos “había relegado el lenguaje oral en aras de otras formas de expresión”, entre ellas la pintura. Es una niña de una sensibilidad especial, a quien le gusta comunicarse a través de figuras que denotan sus sentimientos.



A veces le traigo un regalo y me obsequia una hoja llena de corazones sonrientes, si tengo que ausentarme por varios días, me espera con innumerables dibujos de “una niña al lado de su mamá”.

Desde hace un tiempo, tiene una especie de alter ego: un payasito. Cada día, al llegar de la escuela, en lo que preparo su cena, se sienta con sus cajas de lápices y rotuladores.

En una hora es capaz de llenar un archivo de nuevas creaciones, entre las que nunca falta el payaso. Ora

juega con otros niños, ora hace malabares con pelotas, ora sonríe mientras hace equilibrios.

Los que conozcan a **la princesa majadera** saben que no necesito castigos, amenazas o palmadas para lograr su obediencia, le basta con captarme el tono de voz, o la expresión un tanto alterados. En las pocas ocasiones en que la regaño, la tristeza le dura tanto que me remuerde la conciencia, sólo mi aspiración a ser una buena educadora me ayuda a no transigir.

Hace unos días, tomó un frasco de cristal y salió corriendo con él en la mano por toda la casa. Más asustada que otra cosa, le arrebaté el recipiente, lo puse en alto y le dije: “¡No lo hagas más, las niñas lindas no hacen eso!”.



Mi duende se marchó, cariacontecida, rumbo a su cuarto.

Cuando ya daba el incidente por olvidado, me trajo este dibujo y con él toda la pena que sentía por haber hecho algo que no fuera de mi agrado.

- Hoy el payasito está triste – me dijo antes de regresar a sus páginas en blanco, que como cajas cerradas, siempre encierran sorpresas.

## TODO ES LO QUE PARECE



Los niños, como Adán, tienen esa visión fresca que les permite descubrir y renombrar el mundo. Para ellos un pino no es un pino, sino un arbolito de Navidad que creció demasiado, una libélula que pasa a toda prisa por su lado puede ser un elfo, el sol, el eterno enamorado de la luna, siguiendo sus pasos por la bóveda celeste.

Cierta tarde observaba a Sarah jugar en un parque cercano, donde hermosos ficus centenarios ciernen la luz con sus

brazos, cubriendo de sombra todo terreno. Los niños de varias generaciones nos hemos ocultado en las oquedades de su tronco, hemos cabalgado en sus ramas, nos hemos columpiado en sus lianas, que solíamos anudar para convertir en hamacas.

Mi hija, tras observarlos con detenimiento, me dijo:

- Mamá, creo que ese gigante de la derecha nos está mirando.

No hace mucho, mientras me observaba guardar un medidor de presión digital en su estuche, me preguntó que era aquello.

- Es un esfigmomanómetro – le dije, esperando su acostumbrada ristra de preguntas, que en el fondo me divierte.

Curiosamente, guardó silencio. Cuando la abuela vino a visitarnos, le dijo muy bajito:

- Mi mamá tiene un estuche rojo donde guarda el universo.

En otra ocasión caminábamos por la calle y descubrimos, en un montón de escombros, una pluma blanca de inusitado tamaño, demasiado para pertenecer a los pájaros y aves de corral que, hasta el momento, constituían su universo de seres alados. Para ella la solución fue sencilla:

- Mira, mamá – me dijo alzándola por encima de su cabeza - ¡Encontré una pluma de elefante!

## LECCIÓN DE MÚSICA



Las lecciones de piano de mi infancia me dieron muchas satisfacciones, pero pocas recuerdo con tanto agrado como ésta.

El ser estudiante de piano tres veces por semana me daba cierto grado de respetabilidad entre mis amigos, y hasta me protegía a veces de los niños de grados mayores que gustaban de abusar de los pequeños. Cuando alguno de ellos

me soltaba aquel temido reto de “A que tú no puedes hacer tal cosa”, mi respuesta era, “Claro que no, pero sé tocar el piano y tú no puedes”. Con eso, no sólo me salvé de no tener que saltar cercas o escalar árboles para probar mi pertenencia al grupo social, sino que me gané aquella frase que escuchaba a veces a mi paso, “esa es la pianista de la escuela”, título que ostentaba sin haber tocado jamás una nota en el viejo piano del salón de actos.

Un día, nos llevaron a **un joven genio**, o eso dijeron las maestras, anunciándolo como si nos estuvieran presentando la reencarnación de Mozart. El geniecillo era un niño de nuestra edad, pecoso, de naricita alzada y un aire de petulancia que le ganó nuestro odio instantáneo.

En un momento en que las maestras nos dejaron solos, fueron hacia él con expresión bravucona los dos Juanes, así se les llamaba cuando andaban juntos a Juan Borosilov y Juan Achong, también conocido como Juan Atchís, Juan Achús o Achú. No se oía lo que hablaban, pero se captaba el tono de belicosidad en el ambiente. De pronto me miraron, asintieron y Borosilov vino a buscarme.

- Dice el zapingo ese que toca el piano mejor que tú. Ya yo le dije que tú eras mejor que nadie tocando piano, que no sé para qué diablos lo trajeron a la escuela – dijo mientras me llevaba del brazo para dejarme posada frente al visitante.
- Yo voy a interpretar a Chopin y unas fugas de Bach... ¿Y tú? – me dijo con tono de marisabidilla.

Me quedé mirándolo con el ceño fruncido y le saqué la lengua. Desconcertado, al parecer, o asustado por la agresividad de tantos niños extraños, el pequeño genio, que de seguro estaba tan nervioso como nosotros y se escudaba tras su arrogancia, rompió a llorar.

En ese momento entró la maestra y nos echó un severo regaño, castigándonos a no escuchar la interpretación magistral del huésped.

Sentados detrás de la puerta del aula, mientras Borosilov se entretenía en echar a pelear dos bibijaguas, Achú me pasaba el brazo por encima, con una mirada admiración que no hubieran arrancado mis torpes intentos al teclado.

- Se lo dijimos al zapingo, que tú tocabas más piano que él.

## VIAJE ALREDEDOR DE UN HUEVO

Estábamos un viernes pelando huevos cocidos para una ensalada, cuando se nos acerca Sarah y, con esa eterna disposición que tanto nos agrada, nos pidió que la dejásemos ayudar.

Todo fue de maravillas con el primer huevo, y el segundo, pero el último era inusualmente grande. Sarah acababa de ver una película acerca de un huevo de dinosaurio que viaja medio mundo prehistórico, atravesando vicisitudes innumbrables, para ser “adoptado” por un grupo de primates... Su rostro se iluminó al ver al único ocupante de la fuente.

- ¡Lo encontré! ¡Lo encontré! – gritó abrazando el huevo y corriendo para el cuarto, con nosotros detrás.

No hubo forma de quitarle la postura, insistía en que lo iba a cuidar mucho, a empollar con amor y “ya verán que dentro de poco nace un bebé dinosaurio hermosísimo”.

Pensamos que se le pasaría con algún otro entretenimiento... nos equivocamos. Tras probar con videos, juguetes, golosinas, intentos de chantaje, “dejarla tocar la computadora de mamá”, leerle cuentos, vimos que no había solución momentánea, para todos lados iba con su huevo entre las manos.

El hermano propuso botarlo de noche, cuando quedara dormida. Yo tuve la precaución de dejarlo en un plato, lejos de su vista, por si acaso. No más despertar preguntó por su hijo adoptivo y volvió a las andadas.

Así transcurrieron el sábado y el domingo.

El lunes, antes de llevarla a la escuela, logré convencerla de que lo mejor era que me dejara al futuro nieto, porque sus amiguitas, sin querer, podrían estropeárselo y sería muy doloroso que, tras tantos mimos, el bebé no llegara a nacer.

No más dejarla en la puerta del colegio, eché mano a mis ahorros y salí a buscar una solución. En una juguetería no muy cercana y no muy barata, mirándome con rostro de huérfano, estaba un dinosaurio color de rosa con una cresta negra, perteneciente a una especie indefinida.

Cuando llegó mi hacedora de portentos, preguntando por su huevo, que felizmente yacía en la basura, envuelto en varios papeles para no ser reconocido, la estaba esperando su peluche rosa, que desde esa noche desplazó al coyote al lado de su almohada.

Bendita infancia... ¡quién nos hiciera creer así en los milagros!

***Marié Rojas***

***Fotos: Ray Respall Rojas, 17 años***

***Dibujos: Sarah Graziella Respall Rojas, 5 años***

## Este es mi mar

*“El mar es bueno y terrible como mi  
padre.  
Yo le quiero decir padre  
mar.  
Padre mar, sostenme,  
engéndrame de nuevo en tu corazón”.*

*Carlos  
Pellicer*



Éste es mi mar  
el que imagino  
cuando digo mar  
el que recuerdo  
por primera vez  
La casita del faro  
como en sueños  
la lluvia  
el pozo  
la arena de la playa  
el abuelo  
su sombrero de fieltro  
su traje blanco  
su mirada señalando el horizonte  
Mi madre  
sus ideas de naufragios  
su temor ante las olas enormes  
su corazón latiendo ante el estrépito  
Mi padre



su mano deteniendo la nuestra  
sus juegos en la arena  
enseñándonos cómo sortear las olas

Este es mi mar  
el mar que ha llenado las ánforas vacías  
de los deseos  
el mar que se ha llevado los secretos  
de este puerto  
el mar que nos ha traído su canto en los oleajes  
de la vida.

**Marisa Trejo Sirvent.**  
**México**  
**[marisatrejos@hotmail.com](mailto:marisatrejos@hotmail.com)**

***Ilustración: Marié Rojas***

## Recuerdos



Mi hijo Ángel, (quien este año cumplió los 18) cuando iba a Tercer grado (en aquella época se decía así) la señorita Maestra, Silvia León, le pide a sus alumnos que dibujen una casa y una familia. Mi hijo Ángel dibuja la casa, nada más.

-Ángel- le dice la señorita- te faltó dibujar a la familia.

Y mi hijo, quien en ese entonces

tenía 8 años, aprovechando el frío del invierno, le contesta:

-No me olvidé, señorita, yo dibujé a la familia, pero como hace mucho frío, se metieron adentro de la casa.

Hace pocos días mi marido le dice a nuestra hija Gabriela (14 años):

-Gabriela tapate la punta de los pies.

-¿Tenés un pantalón para dormir?- me pregunta mi hijo Facundo (13 años)

-Tomá este que está limpio- le digo.

-No importa- me contesta.

Nosotros no tenemos heladera, y hoy mi marido pregunta si queremos comer puchero o ensalada de frutas.

- Sí- dice pero la ensalada de fruta es caliente.

-Y el puchero también- dice mi hija.

Le pregunto hace como un año a mi hija Gabriela :

-Cómo están tus uñas?- en alusión si las tenía largas o cortas.

-Muy bien gracias a Dios, ¿y las tuyas cómo andan?- me contesta.

Cuando mi hijo ángel tenía 3 añitos, no le salía decir alf, entonces decía: "al....ffffff".



Tendría mi hijo Ángel 2 añitos, estábamos en casa de mis abuelos maternos, llega corriendo y me dice:

-¡Mami! ¡Mami! El gato de la tía ñata me miró con los ojos abiertos!

-¿Querés comer algo? ¿Tenés hambre?- le pregunta mi tío Antonio, hermano de mi mamá (los 2 que en paz descansen) a mi hijo Ángel, cuando éste tenía 4 añitos.

- No le ofrezcás nada tío que recién termina de

almorzar y ha comido como un chancho.

-Estoy lleno tío, me comí un chancho- dice mi hijo.

Mi hijo Ángel era chico y se cae en la acequia, cerca de casa de mi suegra:

-Yo no tengo la culpa de que la acequia se ponga cerca de mi pie.

***Mirtha María Nicoletti de Morales***

***Argentina***

***[mirthademorales1958@yahoo.com.ar](mailto:mirthademorales1958@yahoo.com.ar)***

***Ilustraciones: Isadora Culau***

***Brasil***

***Edad: 8 años, 4to grado***

***Correo: [isadoraculau02@yahoo.com.br](mailto:isadoraculau02@yahoo.com.br)***

## El sobrenombre de tu papá



Te cuento Capullito:

¿Sabes porqué se llama Peludito tu papá?

Resulta que cuando él era más chiquitito que vos, sus abuelos venían todos los días a verlo, y casi... casi... corrían una carrera para ver quién llegaba primero para alzarlo.

Una mañana llegó primero Pelé (era el abuelo Iriarte al que tu papá y tu tío llamarían así más tarde).

Continuamos... Pelé lo alzó y como tu papá era muy bebito se acurrucó sobre su pecho. A Pelé le causó

mucha gracia y dijo:

“Mira, parece un peludito”

A tu abuelo Nino y a Mí nos pareció muy tierno y gracioso lo de **peludito** y decidimos llamarlo así.

## Un peludito muy travieso



Ay, ay, ay, ¡qué nene más travieso!!!!

Le encantaba el movimiento por el movimiento mismo.

Manejaba su autito como si fuera un corredor de fórmula 1.

Lo mismo hacía con la bici, la patineta y el pájaro loco.

Éste era como un auto o karting, pero con el volante loco. Debía doblarlo para un lado así se dirigía al otro.

Daba vueltas a toda velocidad y derrapaba como un experto. Cuando jugaba en la vereda era el terror de todos los que pasaban por ella.

Un día estábamos en el campo, llegó el viejo Pepe, muy agitado y me dijo:

“Señora: yo no quiero ver como se matan esos chicos”

Fui a ver y ¡casi me desmayo del susto!!!

Habían puesto un tronco, sobre él una puerta vieja, semejaba un sube y baja.

Venían desde lejos para tomar velocidad con las bicicletas, subían y saltaban.

No hicieron caso ni de gritos, ni de reprimendas. Hasta que tu papá se cayó y clavó el freno de la bici un poco más arriba de su pancita.

Urgente lo trajimos al médico, radiografías y más estudios, por milímetros no se revienta el hígado, las costillas hicieron de contención.

Le colocaron un gancho para cerrarle la gran herida que le produjo un gran sufrimiento.

Pero, ni aún así escarmentó. Y siguió dale que daale con cuanto carromato apareciera ante sus ojos.-

***Autora: Nilda Edith Hoffmann Aitala de Iriarte***  
***Provincia de Buenos Aires***  
***Argentina.***  
***[papuiarte@vaf.com.ar](mailto:papuiarte@vaf.com.ar)***

***Ilustradores: Enmanuel García***  
***Roberto Robaina***  
***6 años, Primer grado***  
***Escuela Primaria Tomás Romay***  
***Cuba***  
***[ideasz@jovenclub.cu](mailto:ideasz@jovenclub.cu)***

## LA CASA DE DOS PATIOS



Tendría apenas 5 años. De aquella época recuerdo que mi mamá viajaba y viajaba con mi hermana Celia. Yo me quedaba con mi hermana mayor. Ella cocinaba, lavaba la ropa, preparaba la leche, aseaba la casa, ejercitaba peinados en mi cabello y también se enojaba cuando yo me desgredaba las seis trenzas distribuidas en mi cabeza porque me sentía ridícula o cuando me quitaba el montón de collares y brazaletes que ella envolvía

en mi cuello y en mis manos.

Los domingos por la noche, cuando mamá regresaba del viaje, yo le contaba la película que había visto y ella se asombraba de mi memoria por los detalles del relato.

¡Qué linda era “mi” casa! No recuerdo haber tenido otra en mi niñez. Tenía una puerta enoormee que daba a la calle, con una manita de hierro para golpearla. Tenía dos patios grandes.

En el patio de afuera había cuatro durazneros donde nunca maduraban los frutos, mejor dicho no los dejábamos madurar, los comíamos verdes a pesar de las advertencias de nuestras mamás.

En el patio de adentro jugábamos con pita, con chuis ( porotitos de colores), con coscoja, pesca -pesca, oculta - oculta ..; pero lo que más nos gustaba jugar era “a la escuelita” con nuestros cuadernos y libros pequeñitos. Mis dos hermanas mayores hacían de maestras y todos los niños, en total doce de los dos sexos, éramos los alumnos. Ninguno tuvo necesidad de ir al Kinder.

Los días que mi mamá se quedaba en casa, el almuerzo era más sabroso y estaba listo muy temprano, nuestras habitaciones más limpias y doña María no se enojaba ni nos regañaba. Uno de esos días apareció doña Juana en la puerta de nuestra habitación, mi mamá parecía muy preocupada. Hablaron en tono serio, doña Juana con voz elevada decía: “¡Es muy poco el alquiler, tienes que aumentar !” mi mamá suplicante “soy mujer sola, no puedo, no hay ventas”.

Esa tarde no jugamos ni “Escuelita, escuelita” ni nada. Doña Nancy, doña Asunta, doña Dora y todas las demás doñas estaban nerviosas después de la visita de doña Juana, la dueña de casa. y no nos dejaron salir a jugar.

A partir de aquel día comprendí que mi mamá y todos los papás y mamás pagaban para vivir en aquella casa. Sin embargo nunca dejamos de llamarla “nuestra” casa.

Allí teníamos incluso dos abuelitas: Una en el patio de adentro, doña María, y otra en el patio de afuera, doña Bárbara que por cariño le decíamos “doña

Barbarita”. Las dos tenían varios parecidos: ambas vivían solas, tenían un hijo único que las venía a visitar, los hijos de ambas eran carpinteros y trabajaban como profesores de talleres . Sin embargo, también tenían sus diferencias.

Doña María, vivía a lado de nuestro cuarto. En realidad, su habitación y la nuestra era una sola grandota dividida por un tabique. Frente a la habitación de doña María estaba nuestra cocina y un corredor donde ella cocinaba en leña.

Doña María era una mezcla de bruja y de hada madrina. De Bruja porque nos reñía y maldecía por las travesuras de todos los niños, porque ocultaba y se lo comía nuestra fruta, porque le contaba a mi mamá todo, exagerando y aumentando lo que a ella le convenía, porque vivía con pulgas y vinchucas, porque con frecuencia llegaba borracha increpando a medio mundo.

De Hada Madrina porque cuando estaba de buen humor, nos decía - ¿Quieren escuchar los cuentos de los duendes ? o del atoj Antoño ? y nos contaba - o después de una visita de su hijo, que le dejaba muy contenta nos decía:

- Vengan les invitaré mote con queso <sup>1</sup>

- Ven Marguita, te invitaré lamp'aqanas y rosquetes.

Mi hermana mayor no opinaba lo mismo. Para ella, doña María no tenía nada de hada madrina y no olvidaba las palizas que le ganaron sus chismes. No le perdonaba su falta de aseo y falta de honradez y como no le perdonaba, hacía todo por molestarla. Escuchaba novelas, música, etc. en nuestra pequeña radio, con un volumen altísimo. Cantaba, hablaba fuerte. La anciana que deseaba mucho silencio imprecaba, protestaba, insultaba, rogaba, suplicaba, imploraba que ya cesara aquel ruido ensordecedor y nada. Finalmente murmuraba y maldecía en quichua haciendo el signo de la cruz dirigido a la persona maldecida.

Nuestras rondas, juegos y risas le enfurecían tanto a doña María que zapateaba de rabia y alguna vez creímos que ella también estaría ejercitando un juego. Pero lo que más le molestaba era escuchar: “ Que llueva, que llueva, la vieja esta en la cueva ...” porque según ella era para insultarle.

Doña Barbarita, era tan distinta. Ella era calmada y llevaba una vida muy ordenada. Aunque ya de edad avanzada zurcía medias, remendaba su ropa gastada canturreando “Remendate otra vez y te durara otro mes”. Hasta le sobraba tiempo para regalarnos una barrida de patio. Cada día madrugaba para ir al Barrio Petrolero donde decía que se ganaba el pan del día. Regresaba al anochecer y se sentaba a escuchar sus novelas ya sea en la puerta de doña Dora (afuera) ó en la nuestra, en el patio de adentro.

¡LA NOVELA! ¡LA NOVELA! gritábamos los niños y las niñas y quienes no tenían una radio elegían una puerta para escuchar.

Así era la vida en “nuestra” casa, hasta que un día llegó doña Juana acompañada de unos ingenieros que observaban los techos, las paredes y decían “ No, no conviene conservar estas paredes, son muy gruesas, son de adobe” De

---

<sup>1</sup> Empanadas con dulce de lacayote al centro y bañadas con huevo.



pronto vi que TODOS los ojos, de papas y mamás, de niñas y niños estaban fijos en aquella comisión. Los oídos crecieron cuando escuchamos decir a doña Juana: “ ESTA CASA TIENE QUE CAER, hace un año ya les di el preaviso, tienen tres meses más para salir.”

Desde entonces empezó a apagarse el bullicio del patio. Niños y adultos todo el tiempo hablaban de buscar otra casa. Lejos, cerca, alquileres caros, baratos, con patio, sin patio; eran las palabras que se repetían en las conversaciones. Doña Dulce, la del callejón entre los dos patios, fue la primera en trasladarse a la casa de sus hijos. Mucho tiempo después, doña María, se enfermó. Empeoró tanto de la tos ronca que durante muchos años había padecido, que ya no protestaba, ya no maldecía y solo tosía y tosía, hasta que dejó de toser y de respirar. Luto y coronas de flores recorrían los dos patios.

Empezaron a derrumbar los cuartos del primer patio y “nuestros” durazneros también cayeron. Los pájaros huyeron y también lo lamentaron por “su” casa y por “su” alimento.

Poco a poco, una a una, fueron saliendo las familias. Doña Barbarita se fue al barrio Petrolero donde trabajaba.

Doña Asunta, se fue contenta a su flamante casa por Jaihuayco. Otras al Temporal, al cerro San Miguel .... Nosotras nos fuimos al campo, a la casa de mi abuelita. Allí aprendimos a madrugar junto con los gallos, a sentir la brisa que venía del lago y a apreciar los atardeceres. La Casa no tenía dos patios sino dos corrales; uno de ovejas, gallinas y conejos y otro de chanchos. No necesitábamos patio de juegos porque Arpita, así se llamaba el pueblo, Arpita entera era un inmenso patio donde hubiera querido tener a todos los niños con quienes que jugábamos en el patio de adentro.

***Norma Mayorga De Villarroel***

***Bolivia***

***[normayorga@hotmail.com](mailto:normayorga@hotmail.com)***

***Ilustración: Javier Baldarroma***

***6 años, primer grado***

***Escuela Tomás Romy, Cuba***

***[ideas@jovenclub.cu](mailto:ideas@jovenclub.cu)***

## YO, EN PATA



Ella tenía la dulzura de los duendes traviesos. Sus tortas eran siempre el regalo de cumpleaños de cuanto chico había en la cuadra de nuestro barrio. Su risa, imborrable en el recuerdo de mi alma, siempre iluminaba sus ocurrencias y ponían color a su rostro.

\_Nena, chiquita ,reíte un poco, es saludable entonces mirando su rostro terminaba riéndome de sus ocurrencias. Entre broma y broma lavábamos el patio, o regábamos las plantas. Yo, en pata, ese choque de mis pies

con el piso, me producía una sensación muy especial y placentera. Doña Raquel ,mi mamá, así la llamaban todos, era feliz a su manera, siempre tenía un motivo para estar contenta y nunca perdía sus ganas de vivir, encontrando todos los días, mucho, pero muchos motivos para seguir, y eso que problemas había.

Le gustaba por ejemplo, ya a la atardecer, sentarse a escuchar su novela, que era transmitida por la radio, en ese tiempo no había televisores, así que nuestra vida se desarrollaba en forma simple pero muy llena de ternuras y pequeñeces cotidianas.

El patio recién lavado, el calor del verano y Don Pepe, mi papá, viniendo de trabajar y protestando por la cantidad de plantas que tenía y no daban ninguna flor, los helechos, entre otros colores de verdes ponían un marco verde a ésa escenografía de un patio recogedor de sensaciones infantiles que aún perduran en mí con el aroma de un tiempo pegado para siempre en nuestra piel.

Tantas cosas que creí olvidadas, pero no, allí la mora, que comíamos a escondidas en las siestas sin dormir y que eran deliciosas, porque formaban parte de nuestras travesuras de chicos. Sueños adolescentes tejidos debajo del olor de las glicinas.

El viento hoy, abre y cierra sensaciones diferentes, dice de las voz de mis hermanos y esa voz tan querida del cartero que siempre nos sorprendía, porque alteraba nuestros latidos al recibir el sobre que traía noticias de alguien querido. Y que, cuando venían visitas y debíamos callarnos la boca y no interrumpir la conversación. No obstante eso cambiaba nuestro ritmo habitual, pero después nos reíamos de cada gesto de la visita y eso nos divertía, por supuesto nadie se enteraba.

La galería y su parra desparramaba en hojas y uvas que nos llenaban la boca hasta hacernos morir de risa.

La presencia de mi mamá con un chocolate humeante y masitas que ella misma realizaba con tanto amor.

Nuestro patio, sabedor de tantas cosas de nuestra primeros pasos de niños, de adolescentes y el trino de los pájaros que aprendimos a escuchar en ratos de silencios.

Todo un tiempo ido en cosas que pasaron o quedaron en los recuerdos de un ayer que fue balanceando nuestras emociones y la llevaron a la lluvia de hoy que humedece mis archivos, los saca a la luz, dice de mis pies embarrados y mi cara suelta en los gestos de una risa llena de picardía. Y qué decir de los atardeceres de una esquina que me dejaba ver el río, que pasaba a dos cuadras con sus camalotes, caminando misterios de agua. Toda una postal natural sacudiéndome el alma.

Los juegos con mis amigos, el ta-te-ti, la rayuela, la payana, y un tiempo vivido a pleno desde la inocencia y la fantasía y ese apuro por crecer y ver los después.

Ya no duele el “petisa,” que me llevaba a pelearme con el que me lo decía, porque yo tenía un nombre.

Hoy, saco de mis bolsillos un rayito de sol y todas esas pelusas queridas de un tiempo que fue mío, y de todos aquellos que participaban de él. A veces canto, otras adopto la postura del tero, vieja manía que tenía y era apoyar mi cuerpo sobre una sola pierna. Lo hacía cuando estaba triste o no comprendía algunas cosas y me guardaba en mis silencios...

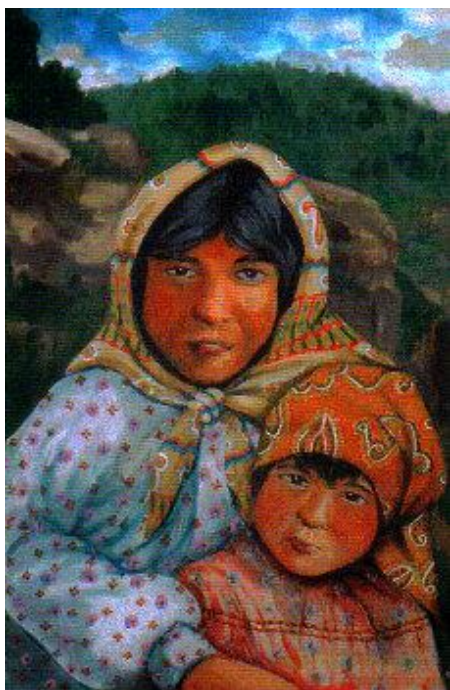
**Raquel Piñeiro Mongiello**

**Ilustración: CARLO IACOMUCCI**

**Incisore e pittore, Italia**

[carloiacomucci@libero.it](mailto:carloiacomucci@libero.it)

[www.carloiacomucci.it](http://www.carloiacomucci.it)



## EL ALMA

Mi nieta me preguntó un día:

- ¿Qué es el alma, abuela?

Y yo me sorprendí contestándole que era algo que estaba adentro y no se veía, pero se sentía... Ella se tocó el pecho y me dijo: **Sí, aquí está.**

**Raquel Piñeiro Mongiello**

**Argentina**

[raquelmongiello@arnet.com.ar](mailto:raquelmongiello@arnet.com.ar)

**Ilustración: Jordi Guasch**

**Barcelona, España**

[spritermes@mixmail.com](mailto:spritermes@mixmail.com)

## REMINISCENCIA



Lili y yo crecimos juntas, y cuando ella entraba a casa atropellando muebles yo sabía que él estaba en la ciudad.

Entonces nuestras vidas cambiaban. Hacíamos los mandados, escondíamos las muñecas, quitábamos el barro de nuestras rodillas, y ante la mirada asombrada de nuestras madres, aparecían los deberes hechos.

Nuestro príncipe se corporizaba dos veces por año: en vacaciones de invierno y verano. A la hora de la siesta nos sentábamos en el umbral de mi casa. Él se acercaba sonriendo, con su dentadura perfecta, digna de un comercial de dentífrico, y sus ojos verdes mar nos convertían en dos sirenitas desvalidas frente a papá Neptuno.

A las cinco se retiraba a tomar el té. Ahí llegaba la media hora de empujones y peleas. Me miró a mí te digo. No seas tonta, no viste que me tocó el brazo. Pero a mí me acarició la cabeza. Y empujón va, palabra viene, se quebraba la armonía.

Cuando él partía dos lánguidas e inmóviles tontitas quedaban paradas en la esquina esperando el regreso.

Un verano nuestro príncipe no apareció. Lili estuvo en cama con fiebre, aún creo que fue por tristeza. Yo pasé mis vacaciones en Rosario con mi prima, talvez con la esperanza de encontrarlo, cosa que no ocurrió.

Cuando volví, la catástrofe seguía su curso. Los padres de mi amiga se iban a vivir a Mar del Plata, y las dos pasamos interminables horas presintiendo el desarraigo con infantiles lagrimones.

Por aquellos días olvidamos a Loren y crecimos de golpe, con nuestra inocencia cercenada por ese viaje.

Antes de marcharse Lili me regaló la muñeca importada que su tío le había traído de Italia. Yo le di dos libros de cuento que eran mi posesión más importante, pero debo reconocer que su muñeca rubia y con bucles me quitaba el sueño, y ella adoraba mis libros troquelados, de tapa dura y brillante repleta de simpáticos gatitos.

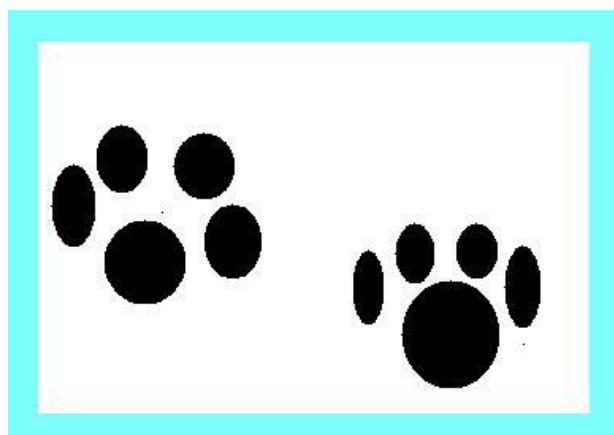
No sé si era otoño el día en que se fueron, pero a mí me pareció que sí.

El siguiente verano, cuando Loren se presentó ante mí con su novia me sentí doblemente traicionada. ¡Qué suerte que vos no estabas Lili!, porque ese día, el mismo de mi doceavo cumpleaños, descubrí con dolor, como alguien de dieciocho años podía dejar de ser príncipe y convertirse para siempre, en un sapo insignificante llamado Lorenzo.

**Rosa Lía Cuello**  
**Santa Fe-Argentina**  
**[rosy\\_cuello@yahoo.com.ar](mailto:rosy_cuello@yahoo.com.ar)**

**Ilustración: Josefrancisco Garciapérez Infante.**  
**México**  
**<http://www.artekbrown.dk3.com>**  
**[artecamdosuno@yahoo.com](mailto:artecamdosuno@yahoo.com)**

## SORDA



María del Mar se acercó con una cara entre triste y preocupada mirando a su mano derecha extendida.

-Mami, ¿por qué esta mano es sorda?...-

-¿Cómo María?-

-¿Por qué esta mano es sorda...?- ahora moviendo la manito ya estirada y aumentando el volumen.

Carla se quedó dudando un momento... "habré escuchado mal"... "seré yo la sorda"... "¿una mano sorda?"... Y avanzó más con el interrogatorio, frente a los cuatro añitos de María y esa manito derecha que seguía moviéndose delante suyo.

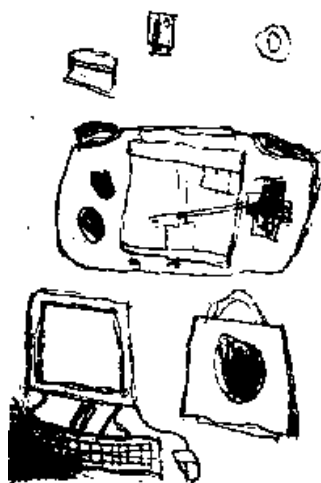
-¿Por qué decís que esa mano es sorda, Nuni?-

-No sé, dicen que esta mano es sorda...-

Más silencio y más intriga todavía: ni siquiera una teoría disparatada que aparezca mágicamente en el aire para cerrar lo inexplicable...

-Mami, ¿por qué esta mano es SORDA?...- volvió a repetir insistente y casi angustiada. Y hubo más silencio todavía, hasta que pasó Santiago por detrás de ellas y comentó con un fastidio gratuito e inocente, en tonito de hermano mayor:

-ZURDA, María, es ZURDA, no sorda... y es la otra mano...- mientras agitaba la izquierda y seguía camino al comedor.



## LOS NUEVOS MALES

María de Mar volvió del jardín de infantes muy decaída, con algunas líneas de fiebre y bastante tos sin catarro. Tratando de evaluar como al pasar cual podría ser la causa de lo que ocurría y desde ahí ver por donde seguíamos con el asunto, largué mi primera impresión:

-Y, me parece que esto es un virus...

Ella hizo el resto...

-¡¡¡Por Dios, mientras no sea un virus informático!!!



## SAN ESCORPIO



La abuela Ruth se había quedado a cenar esa noche en casa y para hacer más llevadera la sobremesa entre adultos sin el asedio de los chicos había entregado a Santi y María del Mar los secretos de su cartera para que jueguen un poco.

-¿Podemos usar esto también?- preguntó Santiago mostrando en una mano una estampita de la Virgen de Guadalupe con una oración en el anverso y en la otra un colorido señalador de cartón con la figura de Escorpio.

-Sí chicos, siempre y cuando no rompan ni pierdan nada...-dijo Ruth antes de volver a nuestra charla.

Al rato largo vuelven los dos con el Santi como vocero y la gran duda:

-Ya le pedimos a la Virgen lo que dice ahí atrás, pero a este bicho no sabemos qué rezarle...

## RELLENO LIBERTADOR



En una tarde de compras en la peatonal y mientras esperábamos a Carla nos quedamos con Santi (por ese entonces con unos 5 añitos) dando unas vueltas en la Galería San Martín, la cual tiene en su pasillo central un busto conmemorativo y, como es usual, bastante sobredimensionado y robusto para resaltar la presencia y figura del Libertador.

-¿Quién es ese, pá?-

-¿Ese de la estatua?...es San Martín...

-¿San Martín...?

-Sí, ese es San Martín...¿vos sabés quién es San Martín?

-Sí, el de la escuela, de los granaderos...

-Claaaroo, ese mismo...

Se quedó mirando unos instantes más el busto. Y largó:

-Pero cuando yo lo conocí no estaba tan gordo...

Estas anécdotas pertenecen a mis hijos Santiago y María del Mar



**Santiago Torales**  
**Argentina**  
[nahrid@yahoo.com.ar](mailto:nahrid@yahoo.com.ar)

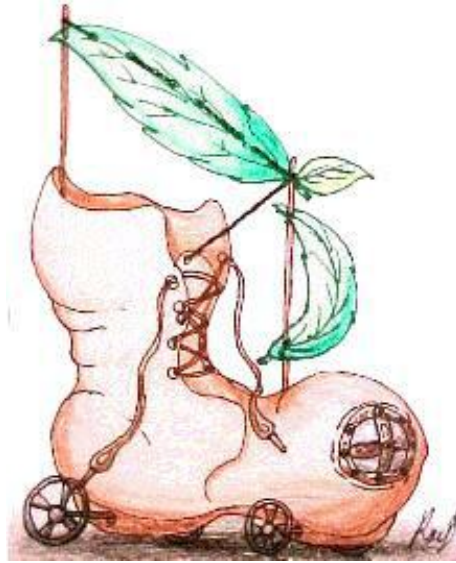
**Ilustraciones:**  
**(Sorda) Isadora Culau**  
**8 años**  
**Brasil**  
[isadoraculau02@yahoo.com.br](mailto:isadoraculau02@yahoo.com.br)

**(Los nuevos males) Manyi de la Cruz Hinojos**  
**11 años**  
**Puerto Vallarta, Jalisco, México**  
[ijzi@hotmail.com](mailto:ijzi@hotmail.com)

**(San Escorpio) Mercedes Godoy**  
**México**  
[vinyamata@prodigy.net.mx](mailto:vinyamata@prodigy.net.mx)

**(Relleno) Tamara Gispert Galindo**  
**Cuba**  
[cfcalders@infomed.sld.cu](mailto:cfcalders@infomed.sld.cu)

## Mi abuelo Octavio



### I

No lloro por haberte perdido  
porque nada se pierde  
Lloro por no saber cómo buscarte  
porque no me dijiste  
dónde te encontraría

Lloro también por tantas otras cosas  
por no tener once años  
y tu mano extendida

### II

Ya nunca más aquel hermoso sueño de ir a Berriozábal  
Ya nunca más la casa del abuelo  
ni aquella tierra fría

Todo está desolado  
ya la casa no existe  
ni la magia escondida  
en aquel patio grande

Lloro por todo eso abuelo  
pero no lloro por haberte perdido  
porque yo sé que estás más cerca  
siempre

**Socorro Trejo Sirvent**  
**México**  
**[marisatrejos@hotmail.com](mailto:marisatrejos@hotmail.com)**

***Ilustración: Ray Respall Rojas***  
***17 años***  
***Cuba***

## Nueva Familia... desde el corazón



Empieza el año escolar, la maestra (Sofía) se presenta ante sus alumnos. Se trata de veinticinco adolescentes entre doce y diecisiete años, limpiamente ordenados; sus ropas emanaban perfume a sol y jabón.

Sofía comienza contando que harán en el transcurso de esos meses en donde aprenderían Geografía, Historia y Civismo

El octavo año los recibía en una escuela diferente, ya no más maestras con blancos guardapolvos se harían ¿cargos? de ellos.

Solo cincuenta ojos encontraron a Sofía esa mañana cálida de marzo; donde el sol espía detrás de una nube que juguetea en el cielo. Como no hay una lista y a ella le gusta llamarlos por sus nombres, comienza a preguntar banca por banca sus datos (algunos, pocos para no asustarlos); sabe que con el correr de los meses y sin esforzarse se enterará de sus vidas. ¡Casi sin quererlo!

¿Por qué los niños son tan transparentes?

Aunque solo lo sean para algunas, como ella...

Para otras... solo son “el enemigo” amigos de lo ajeno, que se quedan con los billetes y monedas arrebatadas de las carteras o monederos.

Sofía, es una de las afortunadas... sus alumnos juegan con su monedero de peluche imitación oso koala y jamás le sacan ni una moneda, al contrario ella les pide que tomen el importe que necesita para volver a su casa cuando la campana da por terminado el día.

Esos ojos... en ese salón que tiene a los fantasmas del año anterior todavía deambulando por sus paredes... Para un visitante (extraño a ese ambiente) le parece sacado del cine. Los graffiti son el elemento decorativo de techo, mesas y paredes...

¿La puerta? ¡Solo un recuerdo de antaño!

¿Los pisos? Mojados por las lluvias estivales (que al no existir vidrios en los ventanales) entra sin pedir permiso.

Sofía se siente feliz de estar allí; sabe que todo en la vida tiene un porque y un fin...

Tal vez no solo de Geografía, Historia y Civismo hablen este nuevo año... ¿quién sabe? ¿Cuántas historias se plantearán? ¿Qué experiencias surgirán? Solo esta segura que cincuenta ojos intrigados la observan.

Termina de anotar sus nombres en el cuaderno y reconoce algunos apellidos; pero a diferencia de otra escuela no pregunta si se trata de parientes de ex alumnos suyos... ¿por qué? Pues la sociedad de esa escuela tiene una

particularidad distinta; allí hay medio hermanos por parte de padre o madre; tios y sobrinos sentados en el mismo banco y otros parentescos para las que no existe una palabra que logre definirlos...

La familia no es de ficción y... mejor no preguntar para no herirlos (al menos en los primeros días. En la curricula de su materia la “familia” es uno de los ejes a ser tratado y aquí siempre aparece un conflicto.

Paso el segundo mes de actividad y se llego al tratamiento de la “familia” para darle un marco histórico al tema, Sofía comienza con el ARBOL GENEALÓGICO de su propia familia y en el incluye también a las mascotas y amigos; Ante la mirada risueña de los alumnos; entonces tras la primer sonrisa enseña la “teoría” de tal tema

No solo hay lazos de familia por sangre o consanguinidad, también existe la familia del afecto o del corazón

La primer actividad a realizar por ellos es su propio ARBOL con familia por sangre y por afecto. Desde allí se comprenden las diferencias a través de los años (parental, monogámica, patriarcal, matriarcal, tipo y hasta la ensamblada producto de esta sociedad de fin de siglo...)

Al pedir los trabajos para su corrección (sobre la base de la comprensión) ella descubre su nombre en dos de los ÁRBOLES; esto le llama poderosamente la atención, dos de sus alumnos Emanuel “Manu” y Gonzalo “Gonzy” que comparten la misma mamá, distinto papá y son parte de la familia sanguínea con otros siete hermanos más; cada uno con un papá distinto; y ambos ejercicios la tienen a ella como rama por el afecto.

¡Cuánto se puede leer con solo ver un ARBOL GENEALÓGICO!

Que trastocada esta esa sociedad donde intenta enseñar Geografía, Historia y Civismo.

¿Dónde han partido los valores? ¿La moral? ¿La profilaxis?...

Todas preguntas sin respuesta aparentemente...

Al fin del tercer mes escolar se entregan las primeras notas; la dirección de la escuela hace una reunión a la que invita a los docentes a tomar parte. Sofía presente en esa reunión conoce a la mayoría de las mamás de sus alumnos.

Al terminar se le acerca una señora joven, tan joven como ella misma, embarazada en el octavo mes de gestación y se presenta como la mamá de “MANU” y “GONZY”

Señorita quería conocerla, los chicos hablan todo el día de usted y del profesor de matemática; dicen que se sienten mimados, queridos pero sobre todo respetado por ustedes. ¿Sabe? Cuando hicieron el ARBOL quisieron ponerla porque la ternura de su trato les recordó a mi hermana que ya ha fallecido.

¿Puedo yo adoptarla como mi hermana?

Sofía se sorprendió ante tal pedido y solo pudo decir:

Sí, claro.

Cuanta pobreza afectiva tienen no solo los chicos; sino también los ¿adultos?

Siguieron charlando y luego se despidieron, ella le pidió que la mantenga al tanto de la evolución del embarazo...

El otoño dio paso a los meses lluviosos y fríos, a finales de julio ya se hacia sentir la escarcha bajo la suela del zapato en la mañana; Durante una semana ella no tuvo a los “hermanitos” sentados en la primer fila del salón, y se alarmo... ¿podría haberles pasado algo?... Pero al llegar ese viernes a la mañana encontró bajo el paraguas a “MANU” que la estaba esperando en la entrada del colegio.

¿Cómo estas Manu? ¿No vas a entrar?

Hola Señó, bien, no me tengo que ir... Me mando mi mamá, señó

¿Qué le pasó?

Es que rompió bolsa... señó y quiere que usted lo sepa

¿Ya nació el bebé?

¡NO! Esta en casa... quiere que usted lo sepa

Pero... Manu, tenés que llamar un auto para llevarla al hospital... o al medico

¿tenés el teléfono del obstetra?

No señó, mi mamá quiere que usted lo sepa primero, ahora que ya lo sabe la busco con un auto y vamos al hospital...

Bueno, Manu. Ya lo sé. Ahora ve con tu mama; ¡rápido! Que él bebe no espera; dile a tu mamá que en un rato voy para el hospital

Manu salió corriendo, esquivando los charcos de lodo.

Al rato, Sofía pudo llegar al hospital y entrar a la sala de partos para ayudar a nacer a Delia quien sería su ahijada... Y todo gracias a un ejercicio llamado ARBOL.

Y pensar que los medios masivos de comunicación solo ven chicos marginales o familias desechas en esos barrios donde parece que el sol no asoma. Allí hay a cada minuto personas como tantas otras que lo único que buscan es encontrar a otras que se preocupen por solamente decirles HOLA

**Susana Rita Luna**

**Argentina**

**[surilu@netizen.com.ar](mailto:surilu@netizen.com.ar)**

**Ilustración: Pilar Ribas Maura**

**Mallorca, España**

**[pilar@ribasmaura.com](mailto:pilar@ribasmaura.com)**

## El gato danzarín.



Cuando era niño, me gustaba pasar los fines de semana con mi padre en una pequeña finca que compartía con sus hermanos y una señora llamada Victoria. Yo esperaba con anhelo ese momento porque podía correr y jugar sin ninguna preocupación hasta entrada la noche.

Cuando mi padre salía me quedaba en casa de mi tío junto a mis primos pero si éste no se encontraba tenía que quedarme con Victoria, cosa esta que no me causaba mucha gracia.

La casa de Victoria era de madera y estaba hecha con viejas tablas de pino recuperadas quizás de otra vivienda y tan mal colocadas entre sí que dejaban pasar los rayos del sol lo mismo por el techo que

por las paredes dando una iluminación natural a la casa durante casi todo el día, sin embargo en contraste con lo anterior, al caer la noche la única fuente de iluminación en toda la casa era un bombillo colgado del techo de la sala que emitía una deprimente luz amarilla y que al moverse impulsado por el viento alargaba y contraía las sombras, dándole un aparente movimiento a todas las cosas que se encontraban en la sala y que por cierto no eran muchas pues solo habían dos viejos sillones, un oscuro aparador con un búcaro encima, una foto en blanco y negro de su difunto esposo y una mesa con cuatro taburetes.

La figura de Victoria encajaba a la perfección dentro del entorno que la rodeaba. Era una persona de avanzada edad con cabello largo y gris que caía descuidado sobre su cuerpo. Su rostro lleno de arrugas tenía al igual que su encorvado cuerpo un color amarillento y justo en su nariz tenía una enorme verruga. Debido a su apariencia mis primos la llamaban todo el tiempo la bruja de la escoba y se mofaban de ella y del ejército de gatos que tenía en la casa. Ellos siempre me decían que por las noches salía volando sobre su escoba mágica y que iba acompañada de su gato preferido, un gato negro y tuerto que la seguía a todas partes.

Desde niño siempre tuve mucha fantasía y los comentarios de mis primos me sugestionaban de tal manera que sentía miedo cada vez que tenía que quedarme en casa de Victoria, y cuando debía hacerlo por algún motivo ajeno a mi voluntad, pasaba toda la noche esperando verla aparecer volando y lanzando hechizos a todos.

Una noche, el cielo oscuro presagiaba lluvia y se iluminaba a intervalos por relámpagos. Mi padre me comentó su necesidad de salir debido a un asunto urgente y me dijo que fuera con Victoria porque mi tío estaba fuera y no sabía si regresaría pronto. Esto no me agrado para nada pero a pesar de que puse varias objeciones no me quedo más remedio que aceptar. Como siempre



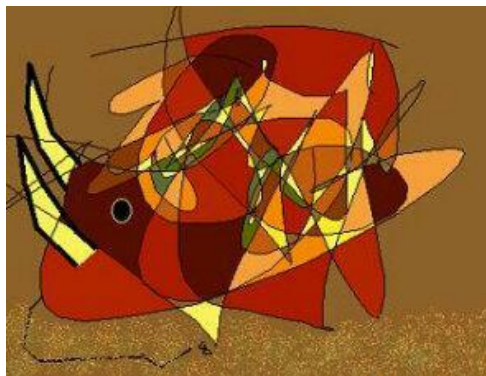
sucedía, Victoria se mostró muy contenta de que me quedara junto a ella y enseguida me sirvió una de esas sopas de ajo que preparaba casi todos los días y que yo odiaba más que nada, aunque por educación siempre terminaba tomando unos sorbos para luego apartar el plato con una visible mueca de desagrado en mi cara.

Después de la cena, la misma rutina de siempre, nos sentábamos cada uno en los sillones de la sala para ver pasar el tiempo. Victoria siempre terminaba dormitando y yo mirando cada rincón de la casa sin saber que hacer y deseando que mi papá regresara lo más rápido posible. Estando de esta forma y mientras fijaba mi vista en la ventana que se encontraba abierta de par en par me pareció observar algo. El gato negro y tuerto de Victoria se asomaba a la ventana, y con gran rapidez bajaba la cabeza, luego se paraba sobre las patas traseras y movía las delanteras como si estuviera bailando, decía adiós y volvía a repetir la macabra danza. ¡Dios mío!... yo estaba petrificado del susto y no me atrevía mirar a Victoria porque estaba seguro de que ella era la causante de semejante conjuro, pero cuando al fin hice acopio de valor y la miré ella tenía los espejuelos puestos y estaba tan asombrada como yo de lo que estaba viendo. En vano trato de llamar a su misu, porque éste estaba como loco y seguía repitiendo sin parar su danza pese a que él siempre había respetado mucho a su dueña.

No pude resistir más y en un arranque de valor decidí poner fin al suceso. Tratando de agarrar el gato para que se detuviera, me fui acercando a la ventana acompañado de Victoria y no puedo describir mi sorpresa al descubrir que los causantes de todo eran mis dos primos Omar y Noelito que habiendo regresado de la calle decidieron hacerme esa broma. Los dos estaban desternillados de la risa mientras usaban al manso animal como una marioneta sin que este pusiera la más mínima resistencia.

No tengo que decirles que por poco mato a mis primos, sin contar la cantidad de escobazos que les propino Victoria por estar molestando a su misu preferido. Con el tiempo aquello quedó como un motivo de risa entre mis primos y yo cada vez que contábamos las maldades de aquellos felices días. Y yo comprendí que nunca se debía juzgar a las personas por su apariencia. Y pude ver con claridad lo buena que era aquella gentil señora que siempre me recibía en su casa con agrado y me brindaba con cariño lo poco que tenía.

## El niño y el pájaro judío



¡Ohhh señor!... extraña sensación es saber que se acerca el frío eterno de la nada y ya no veré más el campo ni volaré como antes a la salida del sol.

¡Dios...! me cuesta creer que hace solo un instante volaba con mis compañeros en busca de un lugar para alimentarnos cuando vimos esta finca. En mala hora dije a mis compañeros de acercarnos. Arnox, el más

sabio de nosotros, me advirtió que tuviera cautela, pues yo era el más joven del grupo y nunca se sabe los peligros que acechan bajo las ramas de los árboles, pero el hambre y la inexperiencia nos hace intrépidos y solo pensaba en los deliciosos mangos que se veían desde arriba pues después de tantos días volando de un lado a otro era como llegar al paraíso.

No me van a creer si les digo que fue la primera vez que desobedecí a un mayor y creo será la última. ¡Todo fue tan rápido!, aún no sé cuando llegaron los niños, solo sé que mis compañeros avisaron la llegada de dos extraños y yo detuve la cena de una deliciosa fruta para observarlos y ver si representaban alguna amenaza para mí o para mis camaradas, pero nada me indicó que pudiera haber peligro; eran solo dos niños pequeños que reían y jugueteaban con algún extraño objeto en sus manos. Parecían tan inofensivos como cualquier pichoncito de nuestro grupo por lo que no creí necesario preocuparme, por el contrario, decidí acercarme a ellos para decirles de ser posible que no se preocuparan por nuestra presencia, que nosotros los pájaros judíos comíamos poco y solo tomaríamos lo necesario para luego seguir nuestro camino sin causar ningún daño a los árboles.

Arnox al parecer adivinando mis intenciones me dijo que no me acercara, que nunca se podía confiar en los humanos y mucho menos en sus cachorros pues estos eran impredecibles en sus actos, pero, como la mayoría de los jóvenes, creí que sus consejos eran cantaletras de viejo y no presté atención a sus palabras por el contrario, volé tratando de aproximarme a ellos y en ese momento comenzó el principio del fin para mí.

En cuanto me acerqué, el niño que tenía las manos vacías le dijo algo al que cargaba el extraño objeto y este lo levantó en la dirección donde yo estaba, antes que pudiera emitir sonido alguno sentí un dolor terrible, tan terrible que no pude sostenerme y caí aleteando inútilmente sin comprender que estaba herido de muerte.

Mis compañeros me observaban impotentes porque sabían que algo terrible me había sucedido y que no podrían hacer nada por mí. El niño que tenía las manos vacías se acercó corriendo y gritando eufórico mientras intentaba agarrarme, pero yo con el último aliento de fuerza que me quedaba hacía lo posible por

alejarme de él en una resistencia inútil pero tenaz y cuando ya estaba convencido de que mi final sería terrible y doloroso increíblemente el otro niño soltó el objeto de muerte y lo detuvo. Se veía visiblemente consternado, me miraba con ingenuidad como si no comprendiera lo ocurrido. Por mi parte yo agradecí que se acabara la persecución pues la debilidad invadía mi cuerpo y no sabía cuanto más hubiera podido resistir, cuando tomé un respiro pude ver que una lágrima corría por los ojos del niño, ¡demasiado tarde pequeño! – exclamé, demasiado tarde para que entiendas que dentro de poco los latidos de mi corazón se detendrán para siempre y, lamentablemente, cuando tengas plena conciencia de lo que has hecho ya formare parte de la nada. Ohhh... Este misterioso sueño que me embarga no me gusta en lo absoluto, mis ojos se cierran rápidamente y, aunque no siento ya ni miedo ni dolor, no quisiera dormirme aún pues se que será la última vez que lo haga... no puedo dormirme...no...puedo....

Unos minutos antes

– ¡Noe!, que aburrimiento tengo, ¿no podríamos inventar algo para entretenernos? – le dije a mi primo mientras nos sentábamos a conversar frente a su casa en la finca.

– ¡Mijo!, ¿qué podríamos hacer?, a ver, déjame pensar un poco... ¡ya sé! podemos jugar a los piratas – me dijo con el entusiasmo que lo caracterizaba.

- No, no, no ya eso lo jugamos ayer y hoy no me apetece –respondí con desgano.

- ¿Entonces qué quieres hacer?

– ¡No sé!, quisiera hacer algo emocionante – le respondí

- ¡Mira!, mi hermano Omar me prestó la escopeta de peerles así que si quieres podemos ir de cacería.

- ¡De cacería! No, no creo que eso me guste y tú sabes bien que a mí no me gusta matar animales o ya se te olvidó el día que mi padre quiso que lo ayudara a matar un puerco el espectáculo que armé y para colmo después me pasé una semana pensando en eso – le dije dudando de mis dotes como cazador y rascándome detrás de la oreja, que era lo que hacía cuando algo no me convencía.

- ¡No seas tonto!, ¿qué estás diciendo? En nuestra familia todo el mundo es cazador: tu papá, nuestros tíos, mi papá, ¿qué tiene de malo que nosotros también queramos serlo? – me hizo esta pregunta completamente convencido de lo correcto que era su razonamiento.

- ¡No sé! supongo que nada – le dije dudando – ¡está bien me convenciste!, ¿dónde vamos a cazar? – le dije parándome dispuesto.

-Vamos para la mata de mango que siempre está llena de todo tipo de pájaros – dijo con la seguridad de un adulto, para luego gritarme mientras tomaba impulso – coge la escopeta y sígueme que el último es la peste ja ja ja – y salió disparado como un bólido en dirección a la mata de mango.

-¡Eres un tramposo! – exclamé – te fue fácil ganarme porque yo llevo la escopeta Uffff y pesa bastante... – dije esto visiblemente agitado pues el tramo no era nada corto.

-Ssssss...No hagas ruido ahora que puedes espantar los pájaros. ¡Es verdad que no te ganas la vida como cazador! ssssss... tenemos que acercarnos cautelosamente para que no nos detecten – Noe dijo esto con un susurro casi imperceptible que me hizo hacer silencio y agacharme junto a él – ¡no te lo dije! la mata está llena de pájaros – dijo y me señaló la dirección donde estaban revoloteando las aves.

- ¡Sí, pero Noe son sólo pájaros judíos! – exclamé desalentado – esos ni se comen ni nada así que no me parece buena idea matarlos por gusto, yo pensé que tú hablabas de otra cosa – le dije dándole con la culata en la tierra para demostrar mi inconformidad.

-¿Y quien te dijo que esos pajarracos no se comen? – me dijo con aire autoritario – tú no has oído decir que los pájaros judíos son buenísimos para hacer sopa cuando uno está enfermo y tiene gripe.

-Si, pero nosotros no estamos enfermos ni tenemos gripe – le dije sonriendo.

- ¡Mi madre! qué difícil te pones algunas veces – me gritó impotente de no haberme convencido con su explicación – No tenemos gripe pero tenemos ganas de hacernos una sopa y eso es más que suficiente.

-¡Bueno!... pensándolo bien, yo no tengo ganas de tomarme ninguna sopa.

-¡Te pones insoportable! – me dijo mi primo enojado – tienes más peros que una vieja yo si quiero tomarme una sopa hoy, así que si no tienes valor dímelo para hacerlo yo, pero después le voy a decir a todo el mundo que eres un gallina – me dijo esto realmente serio por lo que no tuve otra opción para salvar mi hombría que aceptar.

- ¡Está bien! – dije mientras cargaba el arma – dime cuando veas alguno cerca.

-¡Mira!, ese de ahí se esta acercando a nosotros

-¿Parece que nos observara verdad? – le pregunté con curiosidad.

- Concéntrate en tomar bien la puntería y no pienses en nada – me dijo levantándose el cañón de la escopeta.

¡Señor!, en ese momento no entendí que extraña fuerza me hizo apuntar la escopeta de peerles y disparar, dándole al ave que cayó aleteando ante mis ojos mientras se golpeaba contra el suelo, pero puedo decirles con toda sinceridad que antes de que tacara el suelo ya me estaba arrepintiendo de lo hecho aunque no tenía plena conciencia y no entendía bien la magnitud de mi acto. Mi primo salió como un bólido tras el ave mal herida para atraparla mientras esta huía desesperada hasta que, pasado unos segundos, logré detenerlo y pararme frente al ave seguro de la imposibilidad de enmendar lo hecho. Solo me quedaba dejarlo en paz para que su agonía no fuera mayor, el pájaro judío ya no se fijaba en nosotros, solo luchaba por no apoyar la cabeza como si supiera que al hacerlo jamás la volvería a levantar.

Así estuvo unos instantes mientras éramos testigos mudos de su empeño hasta que levantó la cabeza y miró hacia arriba, no sé si a sus compañeros o al cielo. Estuvo así un instante y luego la fue bajando lentamente mientras cerraba los ojos por última vez.

Mi primo, cansado de esperar fue quien me sacó del letargo en que estaba sumido, se agachó y lo recogió mientras yo trataba de disimular una lágrima que corría por mi cara y que limpié con rapidez.

Después con el pasar del tiempo siempre tuve presente en mi mente la imagen de aquel triste día para mí, y cuando logré comprender más cosas de la vida saqué dos conclusiones de ese día.

La primera es que en nuestro instinto está implícito matar por lo que no lo podemos dejar por su cuenta.

La segunda y la más importante es el respeto a cualquier forma de vida por extraña que ésta sea, pues cada cual a su manera disfruta el placer de estar vivo.

***Ulivis Espinosa Hernández***  
***Cuba, Ciudad de La Habana***  
**[Ulivis@irc.cu](mailto:Ulivis@irc.cu)**

***Ilustración: (El gato danzarín)***  
***Ana Lilian Lobato Rodríguez.***  
***Cuba***  
**[Angromeu@Enet.Cu](mailto:Angromeu@Enet.Cu)**

***(El niño y el pájaro judío)***  
***Juan Carlos Martínez Nava***  
***México D.F.***  
**[jeancarleon@yahoo.fr](mailto:jeancarleon@yahoo.fr)**